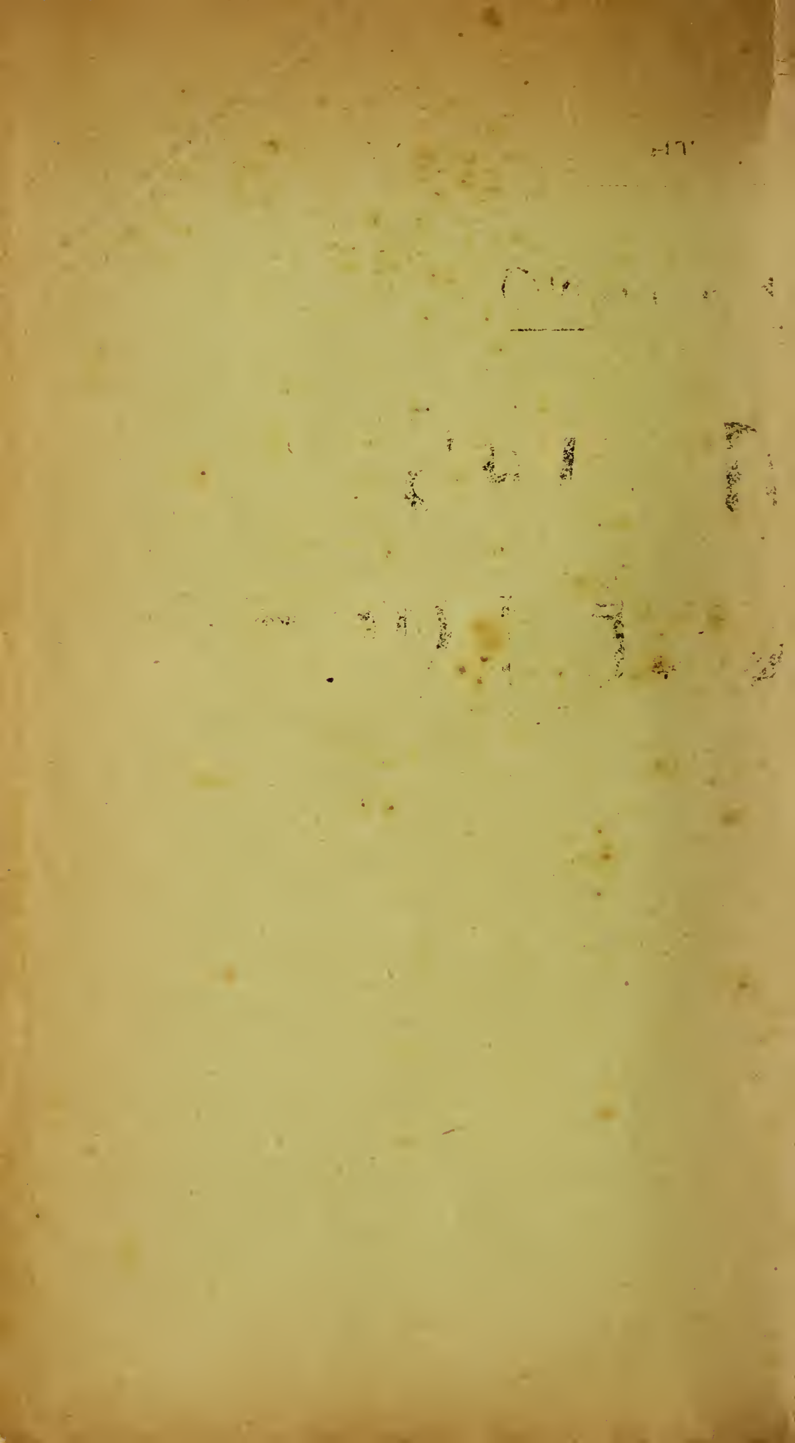
TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

PAGANO

ALMAS QUE LUCHAN

1 pta.



ALMAS QUE LUCHAN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA BALADA DE LOS SUEÑOS (novela, 3.ª edición). Barcelona.

AL TRAVÉS DE LA ESPAÑA LITERARIA, (dos tomos. 3.ª edición). Barcelona.

MÁS ALLÁ DE LA VIDA (drama en tres actos, 5.ª edición).

EL DOMINADOR (drama en cuatro actos, 3.ª edición).

NIRVANA, comedia dramática en tres actos.

ALMAS QUE LUCHAN, alta comedia en tres actos.

BÁRBAROS Y EUROPEOS (filosofía y crítica).

EN PRENSA:

INTIMIDADES LITERARIAS (De mis peregrinaciones).

EN PREPARACIÓN:

LEY DE AMOR, alta comedia en tres actos.

LASALLE, drama histórico en cuatro actos.

Teatro Antiguo y Moderno - Vol. XXXV

JOSÉ LEÓN PAGANO

ALMAS QUE LUCHAN

ALTA COMEDIA EN TRES ACTOS

Representada por primera vez en el teatro Rivadavia,
de Buenos Aires,
la noche del 2 de Octubre de 1905.



Librería de Antonio
López, editor.—Rambla del Centro, n.º 20.
Barcelona : : : : 1906.

A mi hermano Luis

Querido Luis:

Hace mucho tiempo que deseo dedicarte una obra mía. Nadie ha gozado más que tú con el éxito de ALMAS QUE LUCHAN. *Por eso escribo tu nombre al frente de ella.*

José León.

Madrid, Enero de 1906.

PERSONAJES

María Teresa, hija de
Morales.
Juan Carlos y
Emma, hijos de
Laura y
Gómez.
Elvira.
Matilde.
Clotilde.
Mercedes.
Lucero.
Rivas.
Hansen.
Frías.
Díaz.
Olivera.
Rodríguez.
Giménez.
Lorenzo.
Enrique, hijo de
Carmen y
Martiniano.
Ramírez.
Becar.
Solari.
Fuertes.
Valdés.
Un oficial de policía.
Un ordenanza.

Dos agentes de policía, pueblo, vendedores de diarios, etc.

La acción en Buenos Aires, época actual.

ACTO PRIMERO

«Hall» amplio y lujoso en la quinta de Morales. A la izquierda del espectador, una galería abierta entre cuyas columnas se alcanza á ver el parque. En el fondo, casi al centro de la escena, detrás de las columnas que dividen el «hall» de la galería, una puerta por la cual se ve parte de un salón. La escena en ángulo entrante. Plantas, flores, etc. A la derecha del espectador, prímer término, un «vis á vis,» sillas y una mesita. Los muebles claros. Es de día. Poco antes de levantarse el telón, se oirán los acordes de un valz, ejecutado por la orquesta que se supone en el parque. Luego cesa poco después de comenzada la primera escena.

ESCENA PRIMERA

LUCERO, DÍAZ y OLIVERA.—Hablan con sigilo, casi en voz baja. De vez en cuando vuelven la cabeza como para cerciorarse de que no los oyen las parejas que durante esta escena van y vienen por el parque.

OLIVERA.—*(A Lucero)*. Como todos los tuyos, ese ha sido un golpe maestro.

LUCERO.—*(Irónico)*. Política financiera...

DÍAZ.—Y táctica envolvente.

LUCERO.—*(Frío, impasible)*. ¡A eso tiene que descender uno en momentos dados!...

DÍAZ.—¿Te quejas?

OLIVERA.—¡Eso faltaba! Con una sola operación has equilibrado todo un negocio, ó poco menos, y al mismo tiempo eliminaste el único enemigo temible.

DÍAZ.—Porque me imagino que desde que Manuel Gómez ha invertido en acciones de nuestro banco un capital como el que sabemos, su hijo, Juan Carlos, esta vez tendrá más interés en callar... dado que nuestros temores hayan tenido algun fundamento.

OLIVERA.—Ha sido una victoria...

LUCERO.—Del directorio.

DÍAZ.—Y tuya.

LUCERO.—*(Irónico)*. Y vuestra.

DÍAZ.—Pero la idea de envolver á Gómez en el asunto, y con él á Juan Carlos, ha sido...

LUCERO.—Del directorio.

OLIVERA.—Sea de quien fuere la idea, no por eso deja de ser de primer órden. ¡Pagar el silencio del hijo con el dinero del padre!

LUCERO.—Tampoco eso es exacto.

DÍAZ.—¿Cómo!

LUCERO.—¿Le han dado ustedes algun dinero á Juan Carlos para que se calle?

DÍAZ.—¡Al contrario!

LUCERO.—¿Luego?

DÍAZ.—Nos hicimos dar una fuerte suma del padre.

OLIVERA.—Y con ella nos pagamos, á nosotros... el silencio del hijo.

LUCERO.—A mí, no.

OLIVERA.—A tí como á todos. ¿La operación realizada con Gómez no ha venido á beneficiar el banco del cual tú eres presidente?

LUCERO.—Presidente... En efecto... yo presido el banco, pero quien manda es el directorio.

DÍAZ.—¿Y el directorio no lo formamos nosotros, con los demás?

LUCERO.—*(Con intención, subrayando la frase)*. Ustedes... sí.

OLIVERA.—Y tú.

DÍAZ.—Todo lo resolvemos allí de común acuerdo.

LUCERO.—Ya lo he visto...

OLIVERA.—Hombre, no nos dirás que dejen de oirse tus proposiciones.

LUCERO.—A veces.

OLIVERA.—¿Pero quién, sino tú, propuso al directorio que comprase todas las acciones del banco, á medida que bajaba su valor?

LUCERO.—Para impedir una crísis. Dejar que las acciones circulasen á un precio mínimo era el descrédito.

OLIVERA.—De acuerdo. Pero hemos comprado las acciones del banco con los capitales del banco mismo, y ello por indicación tuya.

LUCERO.—¡Chist! Habla más bajo!

OLIVERA.—Nadie nos oye.

LUCERO.—Era necesario hacer creer que el precio de las acciones subía.

DÍAZ.—Nada más justo.

OLIVERA.—Sí, pero es el caso que para eso el banco ha tenido que comprar sus propias acciones con una pérdida del veinticinco por ciento.

LUCERO.—Acciones que más tarde adquirió Manuel Gómez pagándolas el treinta por ciento más, reportando así el banco un beneficio del cinco por ciento.

OLIVERA.—No todas.

LUCERO.—La mayor parte.

OLIVERA.—Lo que no ha impedido que hayamos tenido que dar un dividendo... nominal, y presentar un balance completamente alterado.

LUCERO.—De común acuerdo.

DÍAZ.—Pero acatando una proposición tuya.

OLIVERA.—¡Es natural! (*Pequeña pausa*).

DÍAZ.—No acierto á explicarme tus inquietudes, ahora que todo va tan bien.

LUCERO.—Me preocupa la presencia de Hansen en esta casa.

OLIVERA.—¿Por qué?

LUCERO.—¿No le hemos dicho á Gómez que Hansen era uno de nuestros primeros accionistas? Ustedes saben la confianza que inspira su participación en los negocios. Vaya, que se le antoje á uno de los dos hablar del asunto... Nada más natural viéndonos aquí.

OLIVERA.—¿Y Hansen no quiere apoyar nuestros negocios?

LUCERO.—Creo que tiene el mayor interés en combatirnos.

DÍAZ.—¡Judío del demonio!

LUCERO.—Además, la actitud de Gómez no deja de intrigarme. Yo tengo verdadero empeño en mostrarme con él en público. Quiero que Juan Carlos me vea intimar con su padre; que Morales, su socio, adivine nuestras relaciones. En cambio Gómez me ha declarado que tiene motivos especiales para no cumplir mis deseos. Hoy mismo, cuando me vió llegar aquí, no pudo

ocultar la contrariedad que le causaba mi presencia. En toda la tarde, apenas si me ha dirigido la palabra una ó dos veces.

OLIVERA.—Y todo eso ¿qué significa?

LUCERO.— Qué significa no lo sé á punto fijo, aún cuando creo adivinarlo. Pero mi inquietud se explica. ¡Caramba! No me negarán ustedes que habérselas con un hombre como Juan Carlos sea motivo para preocupar á cualquiera.

OLIVERA.—¿Tú crees que llegado el caso Juan Carlos hablaría?

LUCERO.—Hombre...

OLIVERA.—¿Aún comprometiendo el nombre del padre?

LUCERO.—¡Qué se yo! Vaya uno á responder de estos apóstoles de la verdad! ¿No le hemos visto interpelar ministros, acusar gobernadores, delatar grandes empresas?

OLIVERA.—Sin embargo...

MARÍA TERESA.—*(Viene por la galería, y entra en el salón).*

DÍAZ.—*(Al verla, como arrobado, exclama en voz baja, adelantándose)*: ¡María Teresa!

LUCERO.—*(Aprovechando la distracción*

de Díaz, á Olivera, bajo): No nos fiemos de Díaz. No me hables de negocios en su presencia. Luego te explicaré. (*Acercándose á Díaz*). ¿Qué miras, tan embelesado?

DÍAZ.—He visto pasos, sonreir y desaparecer por esa puerta, tres millones.

LUCERO.—(*Bajo, con gran misterio*). Desconfía de Olivera. No me hables de negocios en su presencia. Luego te explicaré. (*Hace una señal de inteligencia refiriéndose á Díaz; después repite lo mismo con éste refiriéndose á Olivera, y se aleja por la galería*).

ESCENA II

DÍAZ y OLIVERA.—Se miran, recelosos. Sigue una pausa embarazosa. Luego los dos hacen un gesto de satisfacción como queriendo decir que están prevenidos.

OLIVERA.—¿Te gustan los tres millones... digo María Teresa... la viudita?...

DÍAZ.—Eso podrías preguntárselo á Juan Carlos.

OLIVERA.—No me contestaría.

DÍAZ.—Con mucha razón. Se dan casos en que toda reserva es poca.

OLIVERA.—Así es. Hoy ya no sabe uno de quien fiarse.

DÍAZ.—Tú sabrás por quien lo dices.

OLIVERA.—Ya lo creo.

DÍAZ.—Más vale así.

ESCENA III

Dichos, J. CARLOS, HANSEN, GÓMEZ; luego, poco á poco, formando diversos grupos LUISA, MATILDE, MERCEDES, ELVIRA, CLOTILDE, CARMEN, MARTINIANO, ENRIQUE, MORALES, LUCERO y RIVAS.

GÓMEZ.—(*A Hansen*). Con que ¿no conocía usted á mi hijo, á Juan Carlos?

HANSEN.—Personalmente, no. Lo cual no deja de ser extraño ¿verdad?

JUAN CARLOS. — (*Sonríe amable*). Oh, ¿por qué?

HANSEN.—Por tratarse de un periodista, cuyas campañas llegaron á ser ruidosas en más de una ocasión. Y también por tratarse de un hijo de usted, señor Gómez.

GÓMEZ.—Esto último no lo extrañe. Mis negocios y sus ocupaciones nos tienen separados.

JUAN CARLOS.—Calcule usted lo que sig-

nifica la dirección de un diario como el mío.

HANSEN.—Sobre todo cuando se emprenden campañas como las de usted.

JUAN CARLOS.—Figúrese usted que aún viviendo en la misma casa, pasan días, semanas enteras, puede decirse, sin que nos veamos.

GÓMEZ.—Por eso le decía á usted, señor Hansen, que en cuanto á mí no debía extrañarle el que no le conociera usted antes de ahora.

JUAN CARLOS.—Son tan distintas nuestras vocaciones.

HANSEN.—Los negocios ¿no le seducen á usted?

GÓMEZ.—¡Calle usted! Si á Juan Carlos la bolsa le causa verdadero terror.

JUAN CARLOS.—Hombre, tanto...

HANSEN.—(*Sonriendo*). En eso no se parece á su padre.

GÓMEZ.—Ni en nada.

JUAN CARLOS.—¡Padre!

GÓMEZ.—Pero si es un elogio para tí. (*Ríen los tres*). Mírelo usted: por fuera impasible y frío como un témpano, mientras que por dentro es todo un volcán.

HANSEN.—Ya lo he visto en sus polémicas. Observándole, Juan Carlos, noto que sus retratos, esos que yo conozco, lo envejecen á usted.

JUAN CARLOS.—Treinta y cinco años.

GÓMEZ.—Y ya ha tenido convulsionado al país entero más de una vez.

HANSEN.—Admiro su energía. Si no fuese usted amigo de las buenas causas, sería usted un hombre peligroso.

JUAN CARLOS.—Toda mi fuerza está en la verdad que sostengo.

OLIVERA.—(*Bajo, á Lucero, refiriéndose á J. Carlos*). Pero esta vez está amordazado.

HANSEN.—Y en la manera de sostenerla.

GÓMEZ.—Juan Carlos llegó á ser una autoridad temible.

DÍAZ.—(*A Lucero, bajo*). Has visto como le llena la boca: «Juan Carlos»...

LUCERO.—(*Irónico*). Es padre...

CARMEN.—(*Observando con inquietud el grupo que forman las demás mujeres, á Martiniano*). Fíjate en ese grupo. Dios sabe los chismes que están hilvanando. ¡Malas lenguas!..

MARTINIANO.—Pero si tú no sabes de qué hablan, mujer.

CARMEN.—Me lo figuro.

MATILDE.—(*Separándose del grupo donde todos hablan á un tiempo como sosteniendo una discusión*). Ya verán ustedes como yo tenía la razón. (*A Juan Carlos, ofreciéndole el brazo*). Juan Carlos, sáquenos usted de una duda. (*A Gómez y Hansen, amable*). Con el permiso de ustedes, me lo llevo.

JUAN CARLOS.—¿De qué se trata?

GÓMEZ.—(*A Hansen*). ¿Qué me dice usted? (*Imitando el ademán de Matilde*). «Con el permiso de ustedes me lo llevo.» Y se lo lleva!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

CARMEN.—(*A Matilde, mientras se reune al grupo con Juan Carlos*). Ah, picarona... ya lo veo, ya lo veo... (*Aparte*). ¡Mojiganga!

GÓMEZ.—(*A Hansen*). Usted perdone, pero no resisto á la tentación de enterarme... (*Va hacia el grupo*).

CARMEN.—(*Bajo á Martiniano, con ansia*). Aprovecha ahora, Martiniano, y presenta Enrique á ese señor. (*Indicando á Hansen*).

MARTINIANO.—¿A cual?

ENRIQUE.—(*Distraído.*) Mamá...

CARMEN.—Ese alemán. Es un banquero. Una gran relación para nosotros.

MARTINIANO.—Pero si no lo conozco, mujer...

CARMEN.—Por eso, para que lo conozcas.

MARTINIANO.—(*Como implorando*). Carmencita...

CARMEN.—¡Pronto, hombre! Antes que se aleje...

MARTINIANO.—(*Se levanta trabajosamente de su asiento. Luego á Hansen, con timidez*). ¿Quiere permitirme, señor... que le presente á mi hijo Enrique?..

ENRIQUE.—(*Estira y encoge la mano, como esperando que Hansen se la estreche. Pequeña pausa embarazosa*).

MARTINIANO.—El ministro, que es muy amigo mío, me prometió una recomendación para... (*Matilde le tira de la levita*).

MARTINIANO.—¡Ah!... sí, sí. Qué buena persona es el ministro, ¿verdad?.. ¿Usted ha visto ese perrito blanco que tiene la señora del ministro, no? Se lo regaló mi esposa. ¿Usted no conoce á mi esposa? Permítame que se la presente...

HANSEN.—(*Con intención*). Ya había reparado en la señora...

CARMEN.—Oh, muy amable, caballero...

GÓMEZ.—(*A Hansen*). Esto es muy cu-curioso! ja! ja! Hansen, señor Hansen, óigalo usted... vale la pena!

HANSEN.—(*A Martiniano*). Con permiso. (*Se aleja.*)

CARMEN.—Has estado muy bien. Ya veo que te voy domesticando.

MARTINIANO.—¡Muchas gracias!..

CARMEN.—(*Imitándole*). No hay de qué darlas...

MERCEDES. — (*Adelantándose con Elvira*). ¿Se ha fijado usted en ese terceto? (*Indicando á Carmen, etc.*)

CLOTILDE.—Los comparsas, como le llaman en sociedad... (*Rien*).

MERCEDES.—Eso no será porque Carmen no hable...

CARMEN.—(*A Martiniano, bajo*). Mira, aquí detrás está Lucero, el presidente del banco. Fíjate cuando quede solo y preséntale á Enrique.

MARTINIANO.—Pero mujer...

CARMEN.—Ya sé lo que vas á decirme.

MARTINIANO.—Pero...

CARMEN.—Es un disparate.

MARTINIANO.—Pega, pero escucha. Ya se lo he presentado dos veces.

Enrique.—Sí, mamá.

Carmen.—Pues preséntaselo otra y así serán tres.

Mercedes.—Dónde andará María Teresa. Hace rato que no la veo por aquí.

Clotilde.—Con la hermanita de Juan Carlos la ví cruzar la galería recién. Su sobrino de usted las acompañaba.

Mercedes.—Lo distingue mucho.

Clotilde.—¿Quién, María Teresa?

Mercedes.—No, Juan Carlos. De María Teresa no me atrevo á decir tanto.

Clotilde.—Quién sabe. Algo se murmura por ahí...

Carmen.—(*A Martiniano*). ¡Pero has visto á ese vegestorio de Mercedes el tono que se da! ¡Ay! No puedes imaginarte cómo me crispa los nervios el solo verla. (*Al ver que se adelanta, paseándose, con Clotilde, muy zalamera*). Mercedita cada día mejor. Es una suerte ver engalanados los salones con damas como usted.

Mercedes.—¡Jesús, doña Carmen!..

Carmen.—Ya quisieran muchas niñas de hoy, mejorando lo presente, (*A Clotilde, que se inclina agradeciendo*) parecerse á usted, en distinción... en belleza...

MERCEDES.—Por Dios...

CARMEN.—Cuando se acercó usted se lo estaba diciendo á Martiniano. ¿Verdad?

MARTINIANO.—(*Forzado por la circunstancia*). ¡Sí!..

MERCEDES.—Benevolencia, amabilidad suyas... (*Aparte*). ¡Dios me perdone!

CARMEN.—Justicia, nada más que justicia... (*Aparte*). ¡Fátua!

MERCEDES.—Con permiso... (*Alejándose*).

CARMEN.—Hasta luego... (¡Murmuradora!... Si habrá tomado en serio lo que le dije)...

MARTINIANO.—Se lo has dicho con tanto cariño que parecía verdad...

CARMEN.—¿Pero qué haces aquí sentado ahora? Muévete; trata de que te noten, de poner en evidencia á Enrique. ¡Ay, qué padre tienes y que poco se cuida de tu porvenir!...

MARTINIANO.—Enrique, ¿lo oyes? Vamos á ponernos en evidencia... (*Se alejan*).

RIVAS.—(*Se adelanta del brazo con Elvira*). Doña Carmen, tan apartada...

CARMEN.—Es que le tengo horror á la murmuración.

RIVAS.—Nada más encomiable.

CARMEN.—(*Aparte*). Y aquel hombre que no sabe insinuarse. Con permiso. (*A Rivas. Váse al fondo*).

ELVIRA.—¿Y usted qué opina de esta *garden partie*, señor cronista social?

RIVAS.— Cronista social y polemista, agregue usted.

ELVIRA.—En *La Reforma* todos lo son.

RIVAS.—Por eso es un título pertenecer á ella.

ELVIRA.—Sin duda. Hoy dirigen ustedes la opinión.

RIVAS.—¿De todos?

ELVIRA.—De las personas sensatas.

RIVAS.—Entonces, perdóneme la crudeza de la frase, pero usted no lo es.

ELVIRA.—¿Que yo no soy una persona sensata?

RIVAS.—Nó.

ELVIRA.—¿Por qué?

RIVAS.—Porque si lo fuese usted dejaría que yo, representante de *La Reforma*, dirigiese *su* opinión.

ELVIRA.— Y... ¿á dónde la dirigiría usted?...

RIVAS.— (*Sentimental*). Hacia el *edén soñado*...

ELVIRA.—Entonces prefiero no tener sentido común.

RIVAS.—Es decir, prefiero tenerlo... pero no en común...

ELVIRA.—Con nadie.

RIVAS.—(*Rápido*). ¿Y su marido?

ELVIRA.—¡Rivas!

RIVAS.—¡No me permite usted preguntar por su marido! (*Fingiendo hipocresía*). ¿Acaso han tenido ustedes algún disgusto?...

ELVIRA.—¿Fué esa su intención?...

RIVAS.—Indíqueme usted... *la otra,* y si es preferible...

ELVIRA.—(*Cambiando de tono*). ¿Puede saberse qué opina de esta fiesta?

RIVAS. — La concurrencia es muy variada.

ELVIRA.—Demasiado. Está visto que aún en la mejor sociedad hoy es muy difícil una reunión selecta...

RIVAS. — Sin embargo, Morales reune esta tarde en su casa lo más distinguido. La elegancia, la política, el periodismo, las finanzas, sobre todo las finanzas, están muy bien representadas aquí.

ELVIRA.—¿Usted cree?

RIVAS.—Estamos en la casa de un banquero.

ELVIRA.—Por eso mismo hubiera podido seleccionar un poco más.

RIVAS.—¡Le parece á usted poco! Veamos ¿cuánto daría usted por ese hipopótamo rubio con lentes? (*Indica á Hansen*).

ELVIRA.—¡Yo! ¡Nada!

RIVAS.—¿Por qué repite tres veces una palabra para decirla cada vez peor?

ELVIRA.—¡Por todo, hombre!

RIVAS.—Pues vale *diez* millones.

ELVIRA.—¿Tan feo?

RIVAS.—Si fuese buen mozo... como yo, no valdría nada... como yo.

ELVIRA.—(*Ríe*). ¿Por qué?

RIVAS. — Porque al verse tan feo, y comprendiendo que... el *edén soñado* no se había hecho para él, dedicó á conquistar millones todo el tiempo que yo he perdido en la conquista de...

ELVIRA.—¿De qué?...

RIVAS.—(*Transición brusca, ofreciéndole el brazo*). ¡Vamos á dar unas vueltas!...

ELVIRA.—(*Ríe*). ¡Qué lástima! Sería usted la persona más agradable si no tuviese ese defecto...

RIVAS.—¿Cuál?

ELVIRA.—El de que le gusten *todas*.

RIVAS.—(*Pausa*). Y del hombrecito que está al lado de aquel bronce, ¿no me dice usted nada? (*Indicando á Lucero*).

ELVIRA.—¿Aquel morocho?

RIVAS.—No; el otro, el que parece Judas de levita. Fortuna incalculable. Es nada menos que presidente del *Banco Fluvial*. Ha formado parte de todos los sindicatos y concordatos habidos y por haber. Su especialidad son las quiebras... de los demás.

ELVIRA.—¡Jesús! Ahora va á resultar que es usted quien no encuentra nada recomendable.

RIVAS.— He dicho que la concurrencia ofrece muchos matices. En efecto, observe usted aquel grupo de la galería. ¡Qué aire matronal tiene la señora de Morales, la dueña de la casa! Deploro no poder decir otro tanto del dueño.

ELVIRA.—Pero ¿cómo quiere usted que un hombre tenga aire de matrona? (*Ríe*).

RIVAS.—Ha dicho usted una gracia. ¿Debo reirme?

ELVIRA.—No. El hacernos reir, por ahora, está á su cargo.

RIVAS.—Un hombre, un hombre... ¿según usted, Morales es un hombre, verdad?

ELVIRA.—¿Qué es entonces?

RIVAS.—¡Ese es un chimpanzé!...

ELVIRA.—(*Ríe. Una pausa*).

RIVAS.—En cambio ¡qué hija deliciosa tiene en María Teresa!

ELVIRA.—Por ella merece que se le perdone ¿verdad?

RIVAS.—Le confieso ingénuamente que esa viudita me vuelve loco.

ELVIRA.—Cuidado... No lo vaya á oir su director...

RIVAS.—¿Usted cree que Juan Carlos?... (*Se interrumpe al ver á María Teresa*).

ESCENA IV

Dichos, MARÍA TERESA y EMMA.—María Teresa viene del brazo con Emma. Al entrar en el HALL se produce como un murmullo de admiración.

RIVAS.—Mírela usted, Elvira; parece que acaba de entrar la gloria.

EMMA.—(*Sonriendo, á M. Teresa*). ¿Te has fijado como las señoras rodèan á

Juan Carlos? ¿No estás un poco celosa?...

M. TERESA.—(*Fingiendo un tono de amable indiferencia*). ¡Yo!...

EMMA.—Pero dime, ¿de veras nunca te ha dicho nada mi hermano?

MARÍA TERESA.—¡Qué ocurrencia! ¿Por qué me había de decir algo?

EMMA.—Porque te quiere.

MARÍA TERESA.—¿Sí?! (*con viveza*).

EMMA.—Ah... tú no lo sabías, verdad?...

MARÍA TERESA.—Eres una chica...

LUCERO.—(*A Juan Carlos, que en ese momento se aproxima*). ¿Usted sabe qué representa este bronce?

JUAN CARLOS.—(*Sostenido, pero amable*). Es la reproducción de un grupo célebre, premiado en el salón de París. Representa la Perfídia sofocando la Verdad.

LUCERO.—(*Contrariado*). Es todo un símbolo.

JUAN CARLOS. De debilidad.

OLIVERA.—¿Es decir?...

JUAN CARLOS.—Que el psicólogo puede deducir de una obra de arte el carácter de su autor. Yo hubiera invertido este asunto representando á la Perfidia vencida por la Verdad.

LUCERO.—¿De suerte que el psicólogo podría deducir que posee usted una voluntad indomable?...

JUAN CARLOS.—En la seguridad absoluta de que acertaba.

LUCERO.—Sin personalizar el tema, es necesario convenir que existen circunstancias capaces de someter las voluntades más firmes...

JUAN CARLOS.—(*Sonriendo*). Si se someten... ya no son voluntades.

LUCERO.—¿Aún arrostrando el sacrificio?

JUAN CARLOS.—Aún arrostrándolo todo.

MARÍA TERESA.—(*A Juan Carlos*). Usted cree que haya quien sea capaz de sacrificarse antes de ceder...

JUAN CARLOS.—¿A la perfidia? Yo... conozco uno.

LUCERO.—Sin llegar hasta... la perfidia, ¿cuándo una pequeña sumisión equilibra todo un negocio, una fortuna quizás?

JUAN CARLOS.—Entonces lo que abdica no es ya la voluntad sino la CONCIENCIA. (*Movimiento de los circunstantes*).

LUCERO.—(*Contrariado*). En la vida no se puede aplicar SIEMPRE ese criterio.

JUAN CARLOS.—En la mía, sí. (*Saluda

con una lijera inclinación, y se aleja).

LUCERO.—(*Indicando á Carlos*). ¿Qué les parece?

OLIVERA.—Si sospechara lo que le espera...

DÍAZ.—De seguro no hablaría así. (*Ambos tratan de evitarse*).

LUCERO.—Aguardemos, pues.

MARÍA TERESA.—(*A Juan Carlos algo tímida*). Me interesaba el tema de que habla usted con el señor Lucero.

JUAN CARLOS.—A mi no.

MARÍA TERESA.—Ya lo he visto en la forma con que ha truncado usted la conversación.

JUAN CARLOS.—Debí hacerlo antes.

MARÍA TERESA.—Tanto le ha molestado?

JUAN CARLOS.—Lo increible. Y daría algo muy grande porque usted no me hubiese dirigido aquella pregunta en presencia de esos... señores.

MARÍA TERESA.—¿Quiére usted creerme, Juan Carlos?

JUAN CARLOS.—A usted siempre.

MARÍA TERESA.—Pues al formularla, me arrepentí.

JUAN CARLOS.—(*Estrechándole la mano*). Gracias, María Teresa.

EMMA.—Pero ¿qué quiere decir todo esto? Yo no entiendo ni una palabra.

MARÍA TERESA.—(*Ciñéndola la cintura con el brazo, mientras se aleja*). Quiere decir que tú eres una criatura.

EMMA.—¿Nada más que eso!

MATILDE.—(*Que viene del brazo con Rivas, mirando á Juan Carlos alejarse*). Es un tipo interesante, no cabe duda.

RIVAS.—¿Quién, yo?

MATILDE.—No. Juan Carlos.

RIVAS.—Muchas gracias.

MATILDE.—¿Por quién?

RIVAS.—Por... los dos.

MATILDE.—(*Dejándose caer en el vis-avis*). ¡Ah, Rivas, usted no sospecha el predominio que ejerce sobre las mujeres un hombre como Juan Carlos!

RIVAS.—(*Imitándola*). ¡Ah, Matilde, usted no sospecha el predominio que ejerce sobre los hombres, y especialmente sobre mí, una mujer como usted!

MATILDE.—¿Empezamos?...

RIVAS.—No... continuamos.

MATILDE.—No quiero que se digan tonterías.

RIVAS.—Por eso hablo yo.

MATILDE.—Ha querido usted decir un chiste y dijo...

RIVAS.—Una verdad. Ya lo sé.
MATILDE.—¡Es usted insoportable!
RIVAS.—Perdone usted si no comparto su opinión.
MATILDE.—Y también un poco mala lengua.
RIVAS.—Por eso me distinguen tanto mis amigas.
MATILDE.—Y sus amigos.
RIVAS.—No tengo amigos... para librarme de tener enemigos.
MATILDE.—Juan Carlos sí que los tiene. (*Con malicia*). Parece que á su director no le desagrada la viudita.
RIVAS.—A mí tampoco.
MATILDE.—Hoy lo he visto muy *empressé* con María Teresa.
RIVAS. — (*Con intención*). ¿Qué envidia, eh?
MATILDE.—¡Yo!
RIVAS.—¡No!... yo...
MATILDE. — Ah. (*Breve pausa*). Dícen que se querían antes de casarse ella.
RIVAS.—María Teresa quería á Juan Carlos con locura, y se lo ha demostrado.
MATILDE.—¿De qué manera?
RIVAS.—Casándose con otro.
MATILDE.—¿Cómo es eso?

RIVAS.—Muy sencillo. Cuando una mujer lo quiere verdaderamente á uno, no debe casarse con él ¡pobre hombre! Vea mi ejemplo. Usted no duda que yo quiero muchísimo á todas las mujeres. Se lo demuestro no casándome con ninguna. .

MATILDE.— ¡Qué cosas dice!... (*Vánse del brazo por la galería, conversando y riéndose*).

ESCENA V

HANSEN y GÓMEZ.—Al principiar esta escena las parejas se van por la galería poco á poco.

HANSEN Y GÓMEZ.—(*Vienen á quedar en primer término derecha*).

HANSEN.—Permítame usted una palabra, señor Gómez.

GÓMEZ.—Usted dirá.

HANSEN.—¿El señor Lucero es amigo de usted ó del señor Morales?

GÓMEZ.—Tanto es amigo de mi socio como mío.

HANSEN. — ¿Le extraña mi pregunta, verdad?

GÓMEZ.—Se lo confieso.

HANSEN.—Es una forma como otra cualquiera para saber si conoce usted *bien* al señor Lucero.

GÓMEZ.—Creo conocerle perfectamente.

HANSEN.—Entonces está demás cuanto iba á decirle á usted.

GÓMEZ.—Lucero es uno de nuestros grandes financistas. Hoy mismo tiene entre manos un negocio que producirá un alza incalculable en las acciones del Banco?

HANSEN.—¿Se refiere usted á las nuevas concesiones hechas por el Gobierno?

GÓMEZ. — Concesiones que monopolizan toda la exportación nacional. La marina mercantil dependerá del Banco, su único agente. De modo que la posición financiera del señor Lucero es de las más envidiables.

HANSEN.—Veo que no está usted tan enterado como decía.

GÓMEZ. — (*Sobresaltado*). ¡Señor Hansen!...

HANSEN.—Antes de continuar permítame una pregunta. ¿Interviene usted en alguna forma en esa especulación?

GÓMEZ.—(*Después de vacilar, tratando de vencer su inquietud*). No...

HANSEN.—Me alegro.

GÓMEZ.—¡Cómo!... ¡Si me aseguraron que era usted uno de los accionistas!

HANSEN.—Le han engañado á usted, señor Gómez. ¿Ha sido Lucero?...

GÓMEZ.—¡Oh!...

HANSEN.—Se lo pregunto porque al ofrecerme tomar parte en el negocio *él* me aseguró que era usted *uno de los más fuertes* accionistas.

GÓMEZ.—(*Estupefacto*). ¡El le ha dicho á usted eso!...

HANSEN.—Ya lo ve. También ha pretendido engañarme á mí. (*Pausa*).

GÓMEZ. — (*Profundamente turbado*). Ahora es usted quien debe permitirme una pregunta que dirijo á su lealtad. ¿No intervino usted en el negocio que le propuso Lucero, porque no le inspiraba confianza ó... por certeza?...

HANSEN.—Al principio por... eso que usted ha dicho...

GÓMEZ.—¿Y ahora?

ESCENA VI

HANSEN, GÓMEZ y MORALES

MORALES.—(*Por la galería*). Antes que

se me olvide, Gómez. Mañana irá el ingeniero á descontar las letras.

GÓMEZ. — (*Estremeciéndose*). ¡Mañana! ¡Pero si aún no ha terminado el plazo!...

MORALES. — No importa. Los intereses irán á mi cargo.

GÓMEZ.—No lo digo por eso...

MORALES.—El ingeniero necesita el dinero para allanar no sé qué dificultades. No puedo negarle ese favor.

GÓMEZ.—(*Esforzándose para ocultar su turbación*). Está bien...

MORALES.—Apuesto á que trataban ustedes de negocios. (*A Hansen*).

HANSEN.—Es nuestro oficio.

MORALES.—Pero el oficio de banquero no excluye el descanso dominical. Yo lo he comprendido así al organizar en mi casa una *garden partie* en día de domingo. Una fiesta de burgueses, como decían en un grupo con la sana intención de que yo los oyera. ¡Ja! ¡ja! ¡Tiene gracia! Ya lo vé usted. No puedo olvidarme que soy banquero, aunque pertenezco á la reserva. Sí, amigo Hansen: hay que saber retirarse á tiempo para disfrutar algo la vida.

HANSEN.—Usted pudo hacerlo. Ha encon-

trado en el señor Gómez un socio capaz de sustituirlo.

MORALES.—Sustituirme no es la palabra, puesto que Gómez siempre lo ha hecho todo. Yo comprendí que sólo estorbaba, y me retiré. Y, como usted vé, no puedo arrepentirme. Pero ahora caigo en la cuenta de que yo vine á interrumpirles.

HANSEN.—No, señor Morales. Habíamos terminado cuando usted llegó. (*Invita con el gesto á salir al parque*).

MORALES.—(*A Gómez, que se ha quedado como ensimismado*). Y usted, señor Gómez, ¿no nos acompaña?

GÓMEZ. — (*Como si despertara*). ¡Sí!... sí...

JUAN CARLOS.—(*Aparece por la galería*).

MORALES.— Aquí está el justiciero, el hombre temible.

JUAN CARLOS.— ¿Hombre temible? En todo caso no para ustedes.

HANSEN.—¡Quién sabe!

JUAN CARLOS.— A ustedes los conozco. En cuanto á mi padre, yo respondo por él.

MORALES.—Admiro su valor, amigo Juan Carlos, y lo aplaudo.

JUAN CARLOS.—Gracias. Pero á veces no deja de admirarme á mí mismo. (*Vánse por la galería*).

ESCENA VII

JUAN CARLOS y MARÍA TERESA.—Al volverse, Juan Carlos ve á María Teresa que sale por el fondo, y se turba á pesar suyo. Ambos se miran sin hablar. Pausa prolongada. Luego, tras breve indecisión, María Teresa hace como para marcharse, Juan Carlos la detiene con un ademán.

MARÍA TERESA.—¿Qué le admira á usted, si no es indiscreto el preguntarlo?

JUAN CARLOS.—¿Con franqueza?

MARÍA TERESA.—Si he de estimarla.

JUAN CARLOS.—Pues lo que me admira es mi turbación en este momento.

MARÍA TERESA.—¿Nada más?

JUAN CARLOS.—Lo demás ya lo había admirado antes de venir.

MARÍA TERESA.—¿A qué se refiere usted, Juan Carlos?

JUAN CARLOS.—A lo que usted prefiera.

MARÍA TERESA.—¿Sin perjuicio de equivocarme?

JUAN CARLOS.—El solo temor de equivocarse prueba que acertó usted.

MARÍA TERESA.—Si no he dicho lo que usted cree, Juan Carlos.

JUAN CARLOS.—¿Qué es lo que yo creo, María Teresa? (*Pausa*). Cualquiera diría que ahora es usted quien se ha turbado.

MARÍA TERESA.—A la verdad... tiene usted una forma de presentar las cosas...

JUAN CARLOS.—Ah, usted creía que...

MARÍA TERESA.—(*Rápida*). ¿Qué?... (*Pausa*). Ahora es usted quien se turba de nuevo.

JUAN CARLOS.—(*Después de breve vacilación, con ademán decidido, mientras ejecuta*). María Teresa, si un hombre le tomase á usted las manos, así...

MARÍA TERESA.—Le suplicaría que me soltara porque aprieta demasiado fuerte.

JUAN CARLOS.—(*Le deja las manos como si quemasen. Luego tras breve pausa, con acento de sincera melancolía*). Abandonemos ese tono. Se lo ruego. No es habitual ni en usted ni en mi. Luego resulta forzado para los dos. Expresémonos como sentimos. Revestida de sinceridad, la expresión gana en belleza.

MARÍA TERESA.—Usted comenzó...

JUAN CARLOS.—Por eso yo soy el primero en desistir. (*Pequeña pausa*). En este instante se renueva todo mi ser.

MARÍA TERESA.—¿Por qué en este instante?

JUAN CARLOS.—Porque puede resumir todo el encanto de la vida. (*Pausa*). María Teresa, ¿no le dice á usted nada el que un hombre como yo, avezado á *todas* las alternativas de la vida, se conturbe en su presencia como un niño?... ¿No adivina usted qué esto es... eso que yo leo en sus ojos y que expresa mi silencio? (*María Teresa baja la mirada, como para ocultar su turbación*). ¿Por qué baja usted los ojos? ¿Acaso me engaño, María Teresa?

MARÍA TERESA.—No; porque me traicionan y le van á revelar á usted todo mi cariño.

JUAN CARLOS.—Si esa revelación entrelaza nuestras almas en una sola, ¿por qué impedirla?

MARÍA TERESA.—Es verdad ¿para qué?

JUAN CARLOS.—De modo que si un día yo le dijese: María Teresa, ¿quiere usted apoyarse en mi brazo para que juntos, los dos, emprendemos, hasta el fin, el

camino de la vida, ese día usted?...

MARÍA TERESA.—Ese día...

JUAN CARLOS.—¿Ese día; hable usted, María Teresa?

MARÍA TERESA.—Míreme usted los ojos; en ellos está hablando mi alma. (*Secándose una lágrima*).

JUAN CARLOS.—¡Oh, gracias! (*Pausa. María Teresa le toma del brazo. La orquesta inicia en el parque los acordes de una pieza lenta y muy suave. María Teresa y Juan Carlos mientras cruzan la escena pausadamente*): Mira nos sonrie la esperanza, y la dicha nos espera. Guíame tú, María Teresa.

MARÍA TERESA.—No: el amor nos guía.

JUAN CARLOS.—El amor eres tú. Por eso he dicho que me guíes. (*Mutis por la galería*).

ESCENA VIII

FRÍAS, RIVAS, y luego GÓMEZ

RIVAS.—¿Pero tienes tanta urgencia en (*Por el foro*) hablar con Juan Carlos?

FRÍAS.—Te he dicho que sí.

RIVAS.—¿De qué se trata?

FRÍAS.—Hombre, no seas curioso. Ya lo sabrás.

RIVAS.—¿Asuntos del diario?

FRÍAS.—Sí.

RIVAS.—¿Serios?

FRÍAS.—(*Impaciente*). ¡Sí!

RIVAS.—Y...

FRÍAS. — (*Interrumpiéndolo*). ¿Quieres llamarme á Juan Carlos, sí ó no?

GÓMEZ. — (*Por la galería*). ¿Usted por aquí?

FRÍAS.—¿Cómo está usted, señor Gómez?

GÓMEZ.—De fiesta, ya lo ve.

FRÍAS.—Necesito verlo á Juan Carlos. (*A Rivas*). ¿Quiéres hacerme el favor de avisarle?...

RIVAS.—¡Figúrate! Con el mayor gusto. (*Mutis por la galería*).

ESCENA IX

FRÍAS y GÓMEZ

GÓMEZ.—Su impaciencia revela el interés que le trae aquí.

FRÍAS.—Es que el asunto vale la pena.

GÓMEZ.—¿Una nueva campaña periodística?

FRIAS.—De primer órden. Esta va á ser ruidosa. Y emprendida por Juan Carlos, no le digo á usted nada.

GÓMEZ.—¿Asunto político?

FRIAS.—No. Financiero. La quiebra del Banco Fluvial.

GÓMEZ.—(*Como anonadado*). ¡El Banco Fluvial!

FRIAS.—Es incalculable la impresión que causará en el alto comercio.

GÓMEZ.—¡El Banco Fluvial! Pero ¿es seguro? ¿Hay datos positivos?

FRÍAS.—¡Ya lo creo! Aquí está Juan Carlos.

ESCENA X

Dichos y JUAN CARLOS

JUAN CARLOS.—¿Quiéres hablar conmigo?

FRÍAS.—A eso vine.

JUAN CARLOS.—Me dijo Rivas que se trata de un asunto serio.

FRÍAS.—Asunto que va á convulsionar los centros bancarios de todo el país, y que constituirá tu mayor triunfo periodístico.

JUAN CARLOS.—Continúa. Vengan datos.

FRÍAS.—Pues se trata nada menos del *crac* inevitable y fraudulento del Banco Fluvial.

JUAN CARLOS.—¿Fraudulento?

FRÍAS.—Al menos en las últimas operaciones de su presidente.

JUAN CARLOS.—¿De Lucero? Habla.

FRÍAS.—Es el que está más comprometido. Tengo pruebas terribles. Documentos falsos.

GÓMEZ.—(*Con voz apagada, sofocado por la emoción*). ¿Falsos?

FRÍAS.—Sí. Para engañar á los accionistas.

GÓMEZ.—¡Pero esa es una infamia!...

JUAN CARLOS.—¿Te extraña en Lucero? No puedes imaginarte cuanto me alegra el saber que nunca has tenido negocios con ese hombre.

GÓMEZ. — (*Sobresaltado*). ¡Yo! ¡No!... No...

JUAN CARLOS.—(*A Frías*). ¿Son muchos los que están enterados de esta situación?

FRÍAS. — Méndez, que pertenecía á la comisión de los negocios, y nosotros.

GÓMEZ.—¿Méndez es quien le ha dado á usted la noticia?

FRÍAS.—El mismo.

GÓMEZ.—(*Aparte*). Entonces, no hay esperanzas... Estoy perdido... (*Vacila como si fuese á caer*).

FRÍAS.—(*A Juan Carlos*). Méndez es una de las víctimas. Calcula tú si podremos documentar las revelaciones.

JUAN CARLOS.—Es necesario hablar detenidamente. ¡Mira! Ahí tienes al hombre...

FRÍAS.—¿Quién?

JUAN CARLOS.—Lucero.

FRIAS.—¡Está aquí!

JUAN CARLOS.—Ahí viene. Sígueme.

FRIAS.—(*A Gómez*). Con su permiso.

(*Juan Carlos y Frías se encuentran con Lucero en la puerta del salón. Lucero se detiene como para cederles el paso. Al marcharse Juan Carlos y Frías le saludan friamente. Lucero se aleja hacia el parque*).

GÓMEZ.—(*Al verle*). ¡Miserable! ¡Miserable! (*Se lleva las manos al cuello como si sofocara y se deja caer en una silla*).

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Dirección de *La Reforma*. Al foro una puerta que, al abrirse, deje ver la «Redacción». En el centro de ésta, una mesa amplia, y sobre ella, tinteros, plumas, papel de escribir y diarios en profuso desorden. Los redactores ocupan sus asientos respectivos y trabajan. En primer término, á la derecha, pero bastante lejos de la pared, un escritorio ministro atestado de libros, diarios y revistas; á su derecha una biblioteca giratoria, y frente al mismo una poltrona que se supone destinada al visitante. Arrimado á la pared del fondo, hacia la izquierda, un sofá, y á su lado una biblioteca. En la pared de la derecha primer término, un aparato de teléfono; y más abajo, pequeños estantes con cartapacios y libros. Puerta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón JUAN CARLOS está sentado al escritorio, y escribe febrilmente. Tras breve silencio toca un timbre.

LORENZO.—(*Por la Redacción, dejando la puerta abierta*). ¿Señor?

JUAN CARLOS.—(*Sin levantar la cabeza, mientras le da las carillas que ha escrito*). Original. ¡Pronto, á las cajas! (*Se pone á escribir de nuevo*). Lorenzo. Pide las pruebas de lo que haya com-

puesto de mi artículo. Y pregúntale al regente si falta mucho.

LORENZO.—(*Que ya había llegado junto á la puerta*). Sí, señor. (*Mutis*).

RODRIGUEZ.—(*A uno de los redactores*). ¡Esas pruebas, esas pruebas! Hay que terminar. Apúrense! (*Toma las pruebas que le dán*). Están compaginando. (*A Rivas*). No demore esa noticia, Rivas.

RIVAS.—Ya va á estar. Entretanto, tome esto. (*Le da original. Rodriguez se va por la puerta interior de la Redacción*).

GIMÉNEZ.—(*Por la izquierda. Trae diarios, cartas y telegramas*). Correspondencia.

JUAN CARLOS.—Déjala. (*Sin interrumpir su trabajo*).

GIMÉNEZ.—(*Lo deja todo sobre el escritorio y hace mutis por la izquierda*).

LORENZO.—(*Por el foro*). Aquí están las pruebas. ¿Dice el regente que si se va á extender mucho todavía?

JUAN CARLOS.—¿Yo? No. Ahí van las últimas carrillas. (*Dándoselas*). Aguarda. (*Lorenzo había hecho como para irse. Juan Carlos examina la correspon-*

dencia, excitado, nervioso). Telegramas... A García. (*Va entregando á medida que los nombra*). Crónica... esto á Rivas. Ministerios... Instrucción pública. A Rodríguez. Pronto! pronto! Ah!...

RODRIGUEZ.—(*Por la Redacción. Lorenzo le entrega las cartas que le había dado Juan Carlos*). ¿Para mí? Ah, está bien.

LORENZO.—(*Va á la Redacción y distribuye cartas y telegramas*).

RODRÍGUEZ.—¡Pero el diario hoy tendría que entrar en máquina temprano y Frías aún no ha vuelto de la Bolsa! Caramba! (*A Juan Carlos*).

FRIAS. — (*Por la izquierda, fatigado*). Aquí estoy!... Ah!

RODRIGUEZ.—¡Al fin, hombre! ¿Y noticias?

FRIAS. — Las traigo redactadas. Toma. (*Saca las carillas del bolsillo interior del saco, y se las da á Rodríguez*).

JUAN CARLOS.—¿Buenas?

FRÍAS.—Como nunca. (*Se deja caer en la butaca al lado del escritorio*).

RODRÍGUEZ.—¡Bien! Yo voy á entregar esto á las cajas.

JUAN CARLOS.—(*A Rodriguez, mientras éste se aleja*). Sí, sí. A ver si damos la edición extraordinaria temprano. (*Rodriguez mutis por el fondo*).

FRÍAS.—¡Ah, Juan Carlos! Si vieses cómo está la Bolsa! No te puedes imaginar el efecto que causó el suelto de hoy.

JUAN CARLOS.—Ya lo creo que lo imagino. Calcula tú que el Ministro de Hacienda ha mandado aquí á su secretario para que yo le diese noticias sobre el asunto. Como en el suelto aparecido hoy en *La Reforma* no se nombra todavía el Banco ni se indican personas...

FRIAS.—Eso, eso mismo es lo que más preocupa. El suelto, en realidad, no dice nada, ¡pero insinúa tantas cosas!

JUAN CARLOS.—Lo bueno viene ahora. Deja que salga la edición extraordinaria.

FRIAS.—La espectativa es enorme. Me hubieras visto en la bolsa. Llegar y correr todos á mi encuentro para abrumarme á fuerza de preguntas, fué una cosa sola. ¡Y Hansen! ¡Ha estado graciosísimo! Después de dirigirme mil preguntas, sin darme tiempo á que le contestase una, dijo: «Yo no me afano: me limito á suspender mis operaciones

hasta que se aclare esto.» Y otro: «Yo también.» Y otro, y otro y otro. ¡Ah, la noticia va á caer como una bomba!

LORENZO.—(*Por el foro*). Pruebas.

JUAN CARLOS.—Traiga. (*Toma las pruebas que le da Lorenzo. Se sienta al escritorio y las corrige*).

LORENZO.—Dice el regente que con eso ya está el diario completo.

JUAN CARLOS. — (*Con alegría*). ¡Bien! ¡bien!

LORENZO.—(*A Frías*). Dice el señor Rodríguez que sus pruebas las corrigió él.

FRIAS.—¡Mejor!

JUAN CARLOS.—Aguárdese, Lorenzo. Voy á terminar.

FRIAS.—(*A Juan Carlos*). ¿Es tu artículo?

JUAN CARLOS.—(*Corrigiendo*). El final. Quisiera ver á Lucero cuando lea esto. (*Pequeña pausa*). ¿Sabes que publicamos también su retrato?

FRIAS.—Sí. Es todo un proceso.

JUAN CARLOS. — (*Dándole las pruebas á Lorenzo*). Ya está. Que apuren, ¿eh?

LORENZO.—Sí, señor. (*Mutis por el foro*).

RIVAS.—(*Por la puerta interior de la Redacción*). ¡Caramba, eso no puede

ser! ¡Vaya un modo de estropear las cosas!

JUAN CARLOS.—¿Qué te pasa?

RIVAS.—Que han dejado sin trajes á las señoras del recibo de anoche.

FRIAS.—¿Y cómo fué?

RIVAS.—Que se los cortaron. Me suprimen más de media columna de la crónica social.

FRIAS.—No te aflijas. Tus damas tienen con que resarcirse leyendo el número de hoy.

RIVAS.—¡Es que había hecho una descripción de *toilettes!*

JUAN CARLOS.—Si ocurre algo, que vuelvo enseguida.

RIVAS.—¿Sales?

JUAN CARLOS.—Para volver ya.

RIVAS.—Está bien, señor director. Pero te advierto que por culpa de tus banqueros voy á quedar mal con muchas damas.

JUAN CARLOS.—(*Saliendo*). Ya te reconciliarás con tu próxima crónica, vistiéndolas como te agrade. (*Mutis por la izquierda*).

RIVAS.—Si de mí dependiese no las vestiría de ninguna manera.

ESCENA II

RIVAS y FRÍAS, y luego GIMÉNEZ

RIVAS.—Díme, tú que has andado por ahí, ¿qué se dice del asunto del Banco?

FRIAS.—Se espera con ansias la edición extraordinaria que anunciamos.

RIVAS.—Es lógico. Se la prometió al público la noticia con detalles.

FRIAS.—Y se cumple la promesa con usura, pues se le da algo más que una noticia: es una delación documentada.

RIVAS.—El asunto es grave.

FRIAS.—Parece que con el Banco van á caer algunas casas muy importantes.

GIMÉNEZ.—(*Por la izquierda, se dirige hacia el foro, llevando algunos envoltorios pequeños*).

RIVAS.—(*A Giménez, en tono burlón*). A ver, ¿qué llevas ahí?

GIMÉNEZ.—(*Con sorna*). Nada... que pueda interesarle.

RIVAS.—¡Cómo!

GIMÉNEZ.—Que es un encargo para la imprenta.

RIVAS.—Ah. Disculpe, *señor*.

GIMÉNEZ.—No soy señor, ¿sabe?

FRIAS.—Déjalo tranquilo.

GIMÉNEZ.—Sí, que me deje tranquilo. Se goza en ofenderme. A cada rato me llama *señor*. Para hacerme *ensiyar* (1). De puro gusto no más.

RIVAS.—(*Ríe*).

GIMÉNEZ.—(*Yendo hacia él, con ademán resuelto*). Mire, don Rivas, más señor será usted, ¿sabe? ¡Ya me enojé también! Que me cueste lo que me cueste. (*Mutis por el foro*).

RIVAS.—(*Sigue riéndose*).

FRIAS.—No te metas con Giménez. Te va á faltar al respeto.

RIVAS.—No. Me divierte. ¡Tiene cada salida! (*Pequeña pausa*).

FRIAS.—Estoy impaciente. Quisiera que saliese el diario de una vez.

RIVAS.—Quieres gozar el espectáculo de tu campaña.

FRIAS.—De mi campaña, no. De mi descubrimiento, sí. Sabe Dios á cuanta gente ha envuelto Lucero en este asunto.

RIVAS.—¡Lucero! Ahí tienes á un hom-

(1) Causarme enojo.

bre extraño, un enigma. Ha tomado parte activísima en los negocios menos claros de nuestras finanzas, se ha visto comprometido en procesos escandalosos, y en cada desastre ha bordeado el presidio, pero cuando todo parecía hundirse á su alrededor, los otros fueron á la cárcel y él cada vez más arriba. Hoy todos lo temen, muchos lo respetan, pocos le niegan su apoyo y nadie, ó casi nadie, se atreve á cruzarse en su camino.

FRÍAS.—Pues lo que es de esta, no se libra sino por obra de un milagro.

GIMÉNEZ.—(*Por el foro, y se dirige hacia la izquierda. Rivas lo mira con aire de burla, y Giménez asume una actitud altiva pero tosca. Mutis por la izquierda, muy apresurado, después de haberse detenido brevemente en el foro*).

RIVAS.—(*Lo sigue con la mirada, sonriendo*).

FRÍAS.—Voy á ver cómo marcha aquello. (*Mutis por el foro*).

GIMÉNEZ.—(*Por la izquierda. Pequeña pausa, durante la cual Rivas mira sonriendo con sorna á Giménez, y*

éste le mira á su vez con dureza). Una señora pregunta si el señor Director está aquí.

RIVAS.—¿A dónde?

GIMÉNEZ.—(*Indicando con el gesto la habitación*). ¡Aquí, pues, hombre!

RIVAS.—(*Imitando el gesto*). ¿Qué te parece?

GIMÉNEZ.—Que nó. Vaya una gracia.

RIVAS.—¿Ah, tú creías tener el monopolio?

GIMÉNEZ.—¿El mono que?

RIVAS.—Nada. ¿qué señora es?

GIMÉNEZ.—¡Qué se yo! Una señora que parece... una señorita.

RIVAS.—(*Ríe*). El director ya va á venir. A la señora... que parece una señorita, dile que pase. Yo la voy á atender.

GIMÉNEZ.—(*Sale y vuelve*). Pase no más, señora. (*Marcando la frase siguiente*): ¡El *señor* la va á tender!... (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA III

RIVAS y MARÍA TERESA

RIVAS.—(*Muy confuso*). ¡Señora!... Usted... Tome asiento... aquí. (*Le indica la butaca*).

MARÍA TERESA.—¿No está Emma?

RIVAS.—(*Mirándola con asombro perplejo*).

MARÍA TERESA.—La hermanita de Juan Carlos.

RIVAS.—Ah, no señora, no señora. (*Rápido*).

MARÍA TERESA.—Me aseguró que vendría con la mamá, y me rogó que pasara á buscarla para salir juntos. Un capricho de Emma.

RIVAS.—Cuanto debemos agradecerle á usted...

MARÍA TERESA.—¿Qué?

RIVAS.—El capricho de Emma... digo, la visita. Pero tome asiento. Emma no tardará en llegar.

MARÍA TERESA.—(*Se sienta*).

RIVAS.—(*Coloca una silla á cierta distancia de María Teresa y se sienta. Pausa*). ¿Decía usted? (*Fingiendo no haber oido algo que supone le haya dicho María Teresa*).

MARÍA TERESA.—Lo que usted prefiera.

RIVAS.—(*Ríe*).

MARÍA TERESA.—¿Esta es la oficina de?...

RIVAS.—La Dirección. Sí, señora. (*Pausa*).

MARÍA TERESA.—Es la primera vez que

entro en un diario. (*Pausa*). ¿No habrá dejado de hacer usted algo urgente por mí, Rivas?

RIVAS. — No, señora. Hemos terminado por hoy. El diario ya debe estar imprimiéndose. (*Pausa*). Anoche creí que iría usted al recibo de las de Mendizábal.

MARÍA TERESA.—Hubiera sido una *corvée* para mí.

RIVAS.—Es verdad. Después de la *garden partie*.

MARÍA TERESA.—¿Estuvo bien?

RIVAS.—¡Admirable!

MARÍA TERESA.—¿Estaban las de Viera?

RIVAS.—Y las de Luque, y las de Olmo, y las de Semper, lo mejor. ¡Y las *toilettes!* Aquello era un encanto.

MARÍA TERESA.—¿Cómo iban las de Viera?

RIVAS.—Julia llevaba un traje de *crépe de Chine* con adornos de *dentelles* bordado de oro y cristal. Un *bouquet*. Elvirita no estaba mal. Traje color damasco adiamantado con bordados de plata y adornos de puntilla de Arlençon. Pero quien se llevó la palma ha sido la de Luque. Vestía con la elegancia que todos sabemos una *toilette* de *taffetas*

rosa pálido, el cuello y las boca mangas con adornos de varias nuances y moños de cinta. La pollera de muselina de seda blanca, adornos de *ruches* y puntilla también blanca. ¡Ideal!

MARIA TERESA.—Habla usted como una...

RIVAS.—¿Cómo una?

MARÍA TERESA.—persona entendida.

RIVAS.—El hábito. ¡Ah. Quién fuera Paquín!

MARIA TERESA.—¿Para vestir á la de Luque?

RIVAS.—Después...

MARIA TERESA.—(*Se pone muy séria*).

RIVAS.—¿He dicho un disparate?

MARIA TERESA.—No una impertinencia.

RIVAS. — (*Tranquilizándose*). Ah. (*Pausa*).

MARIA TERESA. — Emma tarda demasiado...

RIVAS.—Y se fastidia usted esperando. Mí conversación quizás...

MARIA TERESA.—Al contrario. Me ha entretenido usted agradablemente.

RIVAS.—Bondad suya.

MARIA TERESA.—Hemos conversado como dos buenas amigas. (*Tapándose la boca*). ¡Pardón!

RIVAS.—(*Poniéndose de pié rápidamente*). No. Muchas gracias. (*Dándole la mano*).

MARIA TERESA.—¿Por qué?

RIVAS. — Porque me la devolvió usted algo crecidita.

MARIA TERESA.—¿La imperti?...

RIVAS.—No lo diga usted. Basta con que nos hayamos comprendido.

MARIA TERESA.—¿Es usted rencoroso?

RIVAS.—No. Pero me domina el placer de los dioses.

MARIA TERESA. — ¿Entonces vengativo? Peor.

RIVAS.—¿Para quién?

MARIA TERESA.—Para los que no capitulan. Yo me rindo. (*Le da la mano que Rivas besa*).

ESCENA IV

Dichos y JUAN CARLOS

JUAN CARLOS.—Les sorprendo á ustedes.

RIVAS.—(*Mientras besa la mano á María Teresa*). Firmando las negociaciones de la paz.

JUAN CARLOS.—¿Hubo conflicto?

MARÍA TERESA.—No. Para evitarlo.

RIVAS.—Y para que no se produzca de nuevo, me retiro... con los honores de las armas.

JUAN CARLOS.—Puedes quedarte.

RIVAS.—No soy partidario de la tríplice alianza. Con permiso. (*Se inclina y hace mutis por el foro*).

ESCENA V

MARÍA TERESA y JUAN CARLOS

JUAN CARLOS.—¡María Teresa!... Que dicha verla á usted aquí.

MARÍA TERESA.—¿Dicha? ¿De veras? ¿De veras?...

JUAN CARLOS.—Oh, usted no puede dudarlo.

MARÍA TERESA.—Pues no debe agradecerme usted la visita.

JUAN CARLOS.—¿Por qué?

MARÍA TERESA.—Porque he venido cediendo á un capricho de su hermanita.

JUAN CARLOS.—Aún así se lo agradezco profundamente.

MARÍA TERESA.—Pasé por su casa para enterarme de cómo seguía su padre de

usted. Después de lo que le ocurrió ayer en casa estaba intranquila.

JUAN CARLOS.—Ya ve si tengo motivos para reiterar mi agradecimiento. Ha sido un mareo, un pequeño malestar. Nada de cuidado.

MARÍA TERESA.—Sin embargo lo prudente hubiera sido que descansara unos días.

JUAN CARLOS.—No conoce usted á mi padre. Quítelo usted de esa vida febril y agitada de los negocios, y entonces sí se enfermará de veras.

MARÍA TERESA.—Mi padre no podía encontrar un socio que superase al de usted en todo concepto.

JUAN CARLOS.—No he querido decir tanto.

MARÍA TERESA.—Pero es justicia de mi parte reconocer que la actividad de su padre de usted ha enriquecido al mío.

JUAN CARLOS.—Le confieso que sus conceptos me halagan, María Teresa.

MARÍA TERESA.—Su padre no ignora que le quiere usted con ternura.

JUAN CARLOS.—¿Lo ha visto usted ahora?

MARÍA TERESA.—No. Cuando yo llegué había salido. Le llamaron del Banco con urgencia.

JUAN CARLOS.—¿Del Banco?
MARÍA TERESA.—Sí, Lucero.
JUAN CARLOS.—¡Lucero!

ESCENA VI

Dichos y LAURA *(por la izquierda)*

JUAN CARLOS.—¡Mamá!...

MARÍA TERESA.—¿Emma no viene con usted, Laura?

LAURA.—Sí. La espera á usted en el coche. Disculpe; ha demorado por mí.

JUAN CARLOS.—¿Pero ya se va, María Teresa?

LAURA.—(*Rápida*). A dar una vuelta con Emma. (*A María Teresa*). Luego me encontrarán ustedes aquí.

MARIA TERESA.—Hasta después, entonces. No me despido. (*A Juan Carlos*).

JUAN CARLOS.—(*Se inclina turbado. Mutis María Teresa por la izquierda*).

ESCENA VII

JUAN CARLOS y LAURA

LAURA.—(*Al ver que están solos*). ¡Gracias á Dios!

Juan Carlos.—¿Qué ocurre? Estás agitada...

Laura.—Sí, muy agitada.

Juan Carlos.—Mamá, ¿pero qué pasa?

Laura.—Vengo á que me lo expliques.

Juan Carlos.—¡Yo!

Laura.—Sí, hijo, sí.

Juan Carlos. — Mamá, estoy inquieto. No me asustes.

Laura.—Temo que haya motivos para todo. ¡Dios mío! (*Deteniendo un gesto de Juan Carlos*). Aguarda. Tu padre está agitadísimo. Vengo escapada. Me mandó que viese á mi hermano... para que diese no sé qué contestación. Lo cierto es que desde ayer tu padre está desconocido. Hoy no ha hecho más que ir de aquí para allá. ¿Tú sabes algo?

Juan Carlos. — (*Turbado*). No... ¿por qué?... Digo porque me lo preguntas á mí.

Laura.—Porque ahora él viene á verte. Me lo acaba de decir. Dime ¿qué sucede, Juan Carlos?

Juan Carlos.—No lo sé...

Laura.—¿Pero no sospechas, no adivinas?... Yo no puedo demorarme. Tu padre va á llegar de un momento á otro... (*Pausa*).

JUAN CARLOS.—(*Con lentitud*). ¿Lucero lo ha... mandado... llamar... á mi padre?...

LAURA.—Varias veces y con toda urgencia. ¿Por qué?

JUAN CARLOS.— Nada... na... Déjame... Cumple el encargo... que te ha dado... Luego sabré... Luego...

LAURA.—Creí que tú sabías ya.

JUAN CARLOS.—Luego... Luego...

LAURA.—No tardaré en volver. ¡Dios mío! (*Mutis por la izquierda*).

ESCENA VIII

JUAN CARLOS, luego GÓMEZ

JUAN CARLOS.—(*Se apoya en la silla para no caer. Mira hacia la puerta por donde ha salido la madre. Está demudado, trémulo. De pronto vibra en el silencio el timbre del teléfono; Juan Carlos se estremece y se vuelve sofocando un grito de terror. Luego va hacia el aparato telefónico lentamente*). Hola!... Con el director de *La Reforma*... Y... yo¿con quién hablo?... Con el Banco Fluvial!... Bueno ¿pero con quién?...

GÓMEZ.—(*Por la izquierda, agitado, casi confuso. Al oir: «Banco Fluvial» se sobresalta y se detiene. Sigue ansioso el diálogo de Juan Carlos*).

JUAN CARLOS.—¡Lucero!... ¿Estoy hablando con el señor Lucero?... Sí, si, señor: el suelto de *La Reforma* se refiere al Banco que usted preside... Seguir la campaña es mi deber. Ya lo creo que lo cumpliré. Sí señor: dentro de poco saldrá la edición extraordinaria... ¡Eh!... ¡Cómo!... (*Con un grito*) ¡Mi padre!... ¡mi padre comprometido en ese asunto!... Hable, hable usted... ¡Su fortuna!... Sí, Sí; venga usted... pero pronto... (*Deja el tubo del teléfono*). ¡Maldición!... (*Al volverse queda como aturdido al verse ante su padre, quien no se atreve á sostener su mirada*). Padre!... ¿Es verdad?... No, no. Dime que ese hombre ha mentido, dímelo; no, no puede ser, tú no puedes haber hecho eso... No... no... Ayer, cuando Frías me reveló la situación del Banco, tú no me dijiste nada, te callaste...

GÓMEZ.—El golpe fué rudo. Me privó hasta del conocimiento. Quedé anonadado. ¡Ah, esto no tiene nombre!...

JUAN CARLOS.—¿Padre?... ¡No! ¡no! ¡no!...

GÓMEZ.—Déjame hablar.

JUAN CARLOS.—¡Oh, qué ruína!

GÓMEZ.—Tú puedes evitarla, Juan Carlos, y yo espero que lo harás...

JUAN CARLOS.—¿Cómo, habla, cómo? Tu nombre, tu nombre que es también el mío, envuelto en un proceso imfame! Y tú, tú, tú has podido hacer eso, tú que eres mi padre!

GÓMEZ.—Otros cayeron conmigo; las víctimas somos muchos.

JUAN CARLOS.—¡Oh, pero yo enloquezco!

GÓMEZ.—Cálmate, hijo, y déjame hablar.

JUAN CARLOS.—¡Oh, es horrible, es horrible!

GÓMEZ.—¡Pero deja que te explique!

JUAN CARLOS.—¡Para qué!...

GÓMEZ.—Para que me salves; en tus manos está. Ese hombre, Lucero, ha comprometido mi fortuna, y se perderá si tú revelas la situación del Banco.

JUAN CARLOS.—¡Tu fortuna! Es lo único que te aflije... y tu nombre, padre, tu nombre mezclado en ese asunto fraudulento, tu nombre infamado!

GÓMEZ. — ¿Qué dices?... Juan Carlos! ¡Oh!... oh... ¿Yo?... Y tú has podido

creerme capaz de?... á mí!... Oh, no, no, Dios mío, esto es demasiado!... (*Se deja caer en la butaca*).

JUAN CARLOS.—Padre... no me desesperes... habla, te lo ruego, habla. ¿Tú no estás comprometido en el asunto del Banco?

GÓMEZ.—Mi fortuna...

JUAN CARLOS.—¡Háblame de tu honra, no de tu dinero!

GÓMEZ.—(*Poniéndose de pié*). Te he dicho que soy una de las víctimas, no uno de los culpables.

JUAN CARLOS.—De modo que lo único que peligra en este negocio es tu capital, pero tu reputación está ilesa?... (*Con un grito de suprema alegría*). ¡Ah!... Padre, padre, perdóname, perdóname. (*Le abraza*). Estaba loco... no sabía, no sabía... estaba loc... (*Poniéndose serio, bruscamente, como asaltado por una idea*). Pero... entonces... ¿qué me pedías?...

GÓMEZ.—Vengo de hablar con Lucero. Me llamó para prevenirme. Leyó el suelto que publicaste en tu diario. En él, anuncias una edición extraordinaria detallando la marcha actual del

Banco. Si tú lo haces se producirá una corrida... y la quiebra es inevitable... Lucero me garantiza en una forma absoluta mi capital... el que yo tengo invertido en acciones... sí tú... sí tú...

JUAN CARLOS.—Acaba, dilo... ¡de todos modos tu pensamiento es claro!

GÓMEZ.—Juan Carlos... me asustas... tus palabras...

JUAN CARLOS.—No son tan crueles como las tuyas, padre.

GÓMEZ.—¿Qué dices?

JUAN CARLOS.—Que media mucha distancia entre tu cariño y el mío, padre. Hace un instante creí enloquecer á la sola sospecha de que tu nombre estuviese manchado, y tu ahora me pides... una cosa cuyo nombre me quema los labios y que, tú ves, no puedo decir.

GÓMEZ.—¡Juan Carlos!... Te pedí que me salves, no que te envilezcas.

JUAN CARLOS.—Ah, padre, no, no, no. (*Pausa*). Tú conoces mi vida: la abnegación fué su ley, y no retrocedí. Soy jóven, tengo ideales, y por ellos lo he sacrificado todo: sufrí persecuciones encarnizadas, arrostré la calumnia; y en esa lucha de almas, donde las menos

puras cayeron, la mía se elevó cada vez más. Pero sólo á costa de sacrificios inauditos, de sacrificios sin nombre he conseguido ponerla á una altura donde es necesario elevarse mucho para alcanzarla. Y hoy, tú, mi padre, vienes á pedirme que la arrebate de allí para que yo mismo la pasee por el lodo, disculpándote con decirme que ese lodo es dorado, tú, mi padre! Oh, qué enorme abismo nos separa!

Gómez.—¡Eres implacable! Pero ¿qué derechos tienes para destruir mi obra?

Juan Carlos.—El mismo que tienes tú para destruir la mía.

Gómez.—Pero no debieras olvidar que soy tu padre.

Juan Carlos.—¿Sufriría como sufro si lo olvidara? Sí te quiero, y te quiero tanto que desearía volver á ser niño para sentarme en tus rodillas y amarte sin comprenderte. (*Pequeña pausa*). Piénsalo, padre: si yo callara traicionaría mi fé, mi vida entera, y tú no puedes quererlo. La situación del Banco sólo se prolongaría unos meses, quizás un año más y permitirlo es consentir que otros centenares de familias se preci-

piten en la ruína, y tú no puedes querer recobrar lo que has perdido al precio de ese crímen.

GÓMEZ.—¿De modo que te vuelves contra tu padre?!

JUAN CARLOS.—¡Considera tú si será justa la causa que defiendo!

GÓMEZ.—Oh, eres cruel!

JUAN CARLOS.—Sí, soy cruel... cruel... pero mira! (*Se lleva las manos á los ojos, y se los muestra húmedos de llanto*).

GIMÉNEZ.—(*Anunciando*). El señor Lucero.

JUAN CARLOS.—Que pase. (*Mutis Giménez*). Con él nos entenderemos mejor...

ESCENA IX

Dichos y LUCERO

LUCERO.—(*Por la izquierda*). Buenas tardes, Juan Car... (*Le tiende la mano, pero Juan Carlos la evita*).

JUAN CARLOS.—Si quiere usted sentarse...

LUCERO.—(*Sonríe; luego se siente en la silla*). ¿Podemos hablar?

JUAN CARLOS.—Creo que á eso ha venido usted.

LUCERO.—Lo preguntaba por... (*Indica la puerta*).

JUAN CARLOS.—Descuide usted. No tengo gente apostada detrás de las puertas... (*Reprime un movimiento de indignación*).

LUCERO. — Ante todo, permítame usted una advertencia... (*Deteniendo un gesto de Juan Carlos*). Indispensable si hemos de entendernos.

JUAN CARLOS.—Oigamos.

LUCERO.—No he venido aquí por mi propio impulso; he venido cediendo á las súplicas de su señor padre.

JUAN CARLOS. — (*Dominándose*). Continúe.

LUCERO. — (*Fingiendo sorprenderse*). ¡Yo!... ¿Después de lo que he comunicado á usted por teléfono, y lo que, supongo le habrá dicho su señor padre... Usted tiene la palabra.

JUAN CARLOS.—(*Estupefacto*). ¡Yo!...

LUCERO.—Ya se lo he dicho á usted: sólo he venido para complacer á su señor padre.

JUAN CARLOS.—¿Nada más que para eso?...

ESCENA X

Dichos; LORENZO

LORENZO.—(*Por el foro con un ejemplar desplegado de «La Reforma»*). Ya está el diario. Sólo esperan su visto bueno para entregarlo á la venta.

LUCERO.—(*Sin poderse contener, toma «La Reforma» con un ademán de viva ansiedad*). ¡Mi retrato! (*Lee*).

GÓMEZ.—(*Mientras tanto, se adelanta hacia Juan Carlos, y, casi al oído*). ¡No, Juan Carlos, me arruínas!

JUAN CARLOS.—(*A Lorenzo*). Dile... (*Gesto ansioso de Lucero y Gómez*) que aguarden. *La Reforma* no sale... hasta que yo avise. (*Mutis Lorenzo por el foro. Cierra la puerta tras de sí*).

ESCENA XI

JUAN CARLOS, GÓMEZ y LUCERO

LUCERO.—Veo con gusto que es usted razonable. Ya lo decía yo... *Era*... todo un proceso... (*Indica el diario que tiene en las manos*).

JUAN CARLOS. — Era... (*Conteniéndose*). ¿Lo reconoce usted.

LUCERO.—¡Cómo negar la evidencia!

JUAN CARLOS.—Como lo niega usted todo.

LUCERO.—(*Poniéndose de pie*). ¡Señor!...

GÓMEZ.—¡Juan Carlos!

JUAN CARLOS.—Tenga usted calma.

LUCERO.—Basta ya. Acabemos. ¿Conoce usted la situación de su padre?

JUAN CARLOS.—¿Cuál? ¿La que se ha formado con el trabajo incesante de treinta años, ó la que le creó usted en un día con sus... negocios, iba á decir engaños? ¿No es engañar á un hombre hacer que éste invierta todo su capital en una especulación cuyos... organizadores alteran los balances para ocultar la verdad?

LUCERO.—(*Sonríe con absoluta calma*). No sé qué quiere usted decir.

JUAN CARLOS.—Quiero decir que hay en el código penal un artículo, el 168 para mayor detalle, que contempla ese caso.

LUCERO.—Aunque no he estudiado derecho, le aseguro que no caeré bajo su aplicación.

JUAN CARLOS.—Habla usted con mucha seguridad.

LUCERO.—Es que no improviso mis negocios.

JUAN CARLOS.—Advierta que ese artículo es el complemento de otro del Código dé comercio.

LUCERO.—¿Código de comercio?

JUAN CARLOS.—Sí señor: artículo 137, libro IV, Ley de quiebras.

LUCERO.—Y ¿qué?

JUAN CARLOS.—Y que castiga la alteración de los balances.

LUCERO.—Eso también se ha previsto en la convocatoria de hoy. Los interventores, si es que llega el caso, aunque no me parece, lo encontrarán todo en orden y dentro de la mayor legalidad.

JUAN CARLOS.—¿Es decir?

LUCERO.— Que cuando el señor Gómez compró las acciones de nuestro Banco, tuvo á su completa disposición un balance garantizado...

JUAN CARLOS.—¿Por quién?

LUCERO.—Por el directorio.

JUAN CARLOS.—Pues uno de los que componían el Directorio es quien autoriza mis declaraciones.

LUCERO.—Ya no.

JUAN CARLOS.—Como?...

GÓMEZ.—Méndez ya no hablará.

JUAN CARLOS.—¿Por qué?

LUCERO.—Porque Méndez estaba en un error.

JUAN CARLOS. —(*Con sonrisa irónica*). ¡Ah, ya comprendo! Tenía que suceder. Es de los suyos... (*Una pausa*).

LUCERO. —Legalmente, acaba de oirlo, está usted desarmado.

JUAN CARLOS.—Siendo así ¿para qué quiere usted que calle?

LUCERO.—Es muy sencillo: para que su señor padre recupere el capital invertido en este asunto.

JUAN CARLOS.—Y ¿no cuenta usted con los demás diarios?

LUCERO.—Los demás diarios no se adelantan á los hechos... y nuestra situación es ignorada.

JUAN CARLOS.—¿De modo que depende exclusivamente de mí?

LUCERO. —Si habla usted se producirá una alarma general; cada depositario querrá su dinero y...

JUAN CARLOS.—Prosiga usted.

LUCERO.—Lo demás se adivina. El Banco sucumbiría y su señor padre...

JUAN CARLOS.—Ya lo sé.

LUCERO.—Me parece que no debe vacilar. Además, yo, por mi parte, le aseguro que usted mismo, dejando de lado á su señor padre, tendrá participación... En fin, lo que yo le propongo á usted es...

JUAN CARLOS. —(*Precipitándose sobre Lucero*). ¡Una infamia, miserable! ¡Una infamia!... (*Luchan*).

GÓMEZ. —¡Juan Carlos! ¡Qué haces!... ¡Juan Carlos!

LUCERO.—Ah, esto no... esto es demasiado...

JUAN CARLOS.—¡Miserables!

ESCENA XII

Dichos y RIVAS, luego MARIA TERESA, LAURA y EMMA.

RIVAS.—(*Por el foro*). ¿Qué es esto?...

GÓMEZ.—¡Rivas, Rivas sepárelos usted!

JUAN CARLOS.—Así, así... (*Como para derribar á Lucero*). ¡Miserable!

LUCERO.—No, no... aun soy el más fuerte!...

LAURA.—(*Por la izquierda*). ¡Dios mío! ¡hijo! ¡hijo!

EMMA Y MARIA TERESA.—¡Juan Carlos!...

JUAN CARLOS.—(*A Rivas*). ¡Déjame!

RIVAS.—No... basta...

JUAN CARLOS.—Mi madre!... (*Dejando á Lucero*). María Teresa!

EMMA.—(*Abrazándose á Laura*). ¡Mamá! ¡mamá!

LAURA.—¡Qué pasa, Dios mío!

JUAN CARLOS.—Ah, María Teresa... ¿comprende usted ahora mis palabras de ayer?... comprende usted porque este miserable empleaba esos medios términos... La perfidia... Y usted misma, usted pudo dudar...

MARÍA TERESA.—No... yo no... Juan Carlos.

JUAN CARLOS.—Si necesitaba usted una prueba... aguarde... (*Como fuera de sí, llamando, toca el timbre*). Aquí, ¡Rodríguez! ¡Frías! ¡Lorenzo! todos... Ah... ah...

GIMÉNEZ.—(*Aparece en la puerta de la izquierda*).

JUAN CARLOS.—(*A Lorenzo que aparece por el foro*). Dile que anuncien con bombas la salida del diario y que se reparta, pronto. (*Lorenzo mutis*).

GÓMEZ.—(*Bajo á Juan Carlos*). ¡Hijo!

algo más que mi dinero va en ello... mi honra!

JUAN CARLOS.—Ya no te creo... no... no te creo...

LUCERO.—Está bien... entonces ya nos veremos... (*Hace como para irse*).

JUAN CARLOS.—(*A Lucero*). ¡No! todavía no... Giménez, esa puerta!

GIMÉNEZ.—(*A Lucero*). Alto ahí: pare el golpe!...

LAURA.—¡Dios mío!

EMMA.—Mamá, tengo miedo...

MARÍA TERESA.—¡Qué sucede aquí!...

GÓMEZ.—(*A Rivas*). Calmelo usted... impida... Esto es mi ruína... (*Se oye el estallido de una bomba que anuncia el periódico, luego otra y otra*).

JUAN CARLOS. — (*Con alegría salvaje*). ¡Ah!... ¡ah!... (*Fuera se oye la avalancha de la muchedumbre que corre y se aproxima al diario, con grandes murmullos. Y al rato, las primeras voces*): *La Reforma* edición extraordinaria con grandes noticias! (*Y otros*): *La Reforma* con la quiebra del Banco Fluvial! edición extraordinaria... última hora...

LUCERO.—(*A Juan Carlos*). Usted verá lo que va á costarle todo esto...

JUAN CARLOS.—(*Quiere precipitarse de nuevo sobre Lucero, pero Rivas, Rodriguez y Frias lo contienen*). Ah, y aun me amenaza... este hombre, á mí!... ¿saben ustedes por qué?... porque no he querido ser su cómplice, porque no he querido convertirme en un miserable... porque no he querido explotar y arruinar á miles de familias... y vino á ofrecerme dinero, á mí, á mí! (*Dirigiéndose á Lucero*). Y ahora ¡fuera! ¡fuera! Que le vea la multitud, ábrase paso entre ella para salir de aquí, fuera... fuera!

LUCERO.—(*Huye por la izquierda*).

JUAN CARLOS.—(*Se deja caer en la silla de su escritorio y escucha. En la calle se oye una griteria estrepitosa, y llegan á la escena voces de escarnio que la muchedumbre dirigen á Lucero*).

JUAN CARLOS.—(*Con suprema alegria*). Ah, ah, ha... (*Al ponerse de pié se encuentra con la mirada de su padre*). Y ahora, á nosotros!

TELÓN



ACTO TERCERO

Despacho de Gómez en su casa de banca. A la izquierda, una puerta; otra á la derecha. Al foro, una puerta de cristales opacos. En lo alto de la puerta, grabado en el cristal, se lee: «Dirección». Cuando abren, se ven las oficinas del establecimiento, y detrás de las ventanillas, á los empleados que atienden al público. Arrimado á la pared del fondo, hacia la derecha, un cofre. En primer término, á la derecha, el escritorio, y sobre éste un aparato de teléfono, y varios timbres eléctricos. Casi detrás del escritorio, arrimada á la pared, una caja de hierro. A la izquierda, primer término, un sofá y dos sillones.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón el escenario queda un instante vacío; luego entra GÓMEZ por la derecha agitadísimo. Se dirige al escritorio y oculta el revólver en un cajón. Luego toca un timbre y aparece un ordenanza, de uniforme, por el foro.

GÓMEZ.—Si ha vuelto Ramírez, que le aguardo. (*Mutis del ordenanza por el foro, cerrando la puerta tras de sí. Gómez consulta nerviosamente papeles que hay sobre el escritorio. Luego escribe. Al rato toca un timbre*).

BECAR.—(*Por el foro*).

GÓMEZ.—¿Está hecha la liquidación?

BECAR.—(*En la puerta, respetuoso, correcto*). Salvo la diferencia del día, sí, señor.

GÓMEZ.—No... necesito saber... quiero la situación clara... exacta.

BECAR.—Sería necesaria la registración de los valores á entregar... y...

GÓMEZ.—Adelante. (*Nervioso*).

BECAR.—Y como el señor ha hecho restricciones sobre algunos descuentos...

GÓMEZ.—Más claro. (*Impaciente*).

BECAR.—Que sin efectuar las entregas del día, el balance tiene que ser incompleto.

GÓMEZ.—¡No! no!... Pida informes en la caja. Anote las sumas no descontadas... y preséntenme la liquidación completa.

BECAR.—Muy bien. (*Mutis por el foro*).

GÓMEZ.—Dios mío ¡qué angustia!

ORDENANZA.—(*Por el foro*). Telegramas.

GÓMEZ.—(*Apoderándose de los telegramas febrilmente*). ¿Todavía no ha vuelto Ramírez?

ORDENANZA.—No, señor.

GÓMEZ.— (*Hace un gesto de impacien-*

cía). Cuando llegue, que le aguardo. (*Mutis ordenanza por el foro. Gómez abre los telegramas, con movimientos bruscos, febriles, y los lee rápidamente. Luego, con rabia*) ¡Ah! ¡Nó! Ya basta... (*Se sienta, llama por teléfono*). Con la Bolsa. (*Deja el teléfono; vuelve á escribir. Llaman por teléfono; Gómez acude*). ¡Hola! Gómez. Avísele á Nogales que venga al aparato. Es urgente. Espero. (*Deja el aparato*). ¡Oh, cuantas cosas! (*Va hacia la caja, pero mientras está por abrir llaman al aparato*). ¡Hola! Gómez. Suspenda usted toda operación. Por mi cuenta no realice usted ninguna. Me es imposible aceptar. Nada, absolutamente. ¿Cerró la primera rueda? ¿A cuánto? (*Aparte*). ¡Ya lo decía yo! ¿Ramírez salió de allí? ¿Sí? No; todavía no ha llegado. Bueno. Hasta luego. (*Deja el aparato*).

ESCENA II

GÓMEZ y EMMA

GÓMEZ. — (*Sobresaltado*). ¡Tú! ¿A qué vienes?

EMMA.—(*Por la derecha con un ramo de flores*). Á lo de todos los días. (*Enseñándole las flores que iba á colocar en un jarrón de bronce que está sobre el cofre*). Sólo que hoy he bajado un poco más tarde. Tuvo la culpa Miss Ketty. Hoy ha estado insoportable en la lección de inglés. ¿Sabes? *Miss*, en inglés, quiere decir *señorita*. Ketty señorita! ¡Ay, qué risa! Papá ¿por qué será que vienen de Inglaterra señoritas tan maduras y tan... delgadas?... ¡Jesús! Te has fijado en Miss Ketty cuando anda? Parece un muñeco que le hubiesen dado cuerda. (*Camina á saltitos, imitando á Miss Ketty*). ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Ayer me pilló mientras imitaba su modo de andar. ¡Hubieras visto la cara que puso! *¡Senorita!*—me dijo—*eso es uno impertinencia que yo no pemito!* Y torcía la boca de una manera horrible! ¡Ja! ¡ja! (*Poniéndose seria de pronto*). Después se lo contó á mamá y me hizo retar... y como si eso no bastara dijo que te lo contaría á tí también. Pero no te lo contó, ¿verdad? ¿Verdad que tú no sabes nada?

GÓMEZ.— (*Se enjuga una lágrima, va*

hacia ella, y la besa cariñosamente). Bueno, ahora déjame. Hoy es día de mucho trabajo.

EMMA. — (*Tomàndolo de las manos*). ¡Papá! ¡Pero tú estás con fiebre!

GÓMEZ. — (*Separàndose bruscamente*). ¡No! ¡no!

EMMA.—Sí, papá; tú no estás bueno.

GÓMEZ.—(*Con dureza*). ¡Te he dicho que me dejes! ¡Basta ya de monerías! Vamos, á tus quehaceres.

EMMA.—¿Por qué me retas?... Miss Ketty ya te lo había contado?...

ESCENA III

Dichos y MARÍA TERESA

EMMA.—(*Con acento tímido*). María Teresa!

MARÍA TERESA.—(*A Gómez*). Buenas tardes, señor Gómez.

GÓMEZ.—¡Usted!

MARÍA TERESA.—(*A Emma*). ¿Qué tienes, Emma?

EMMA.—(*Haciendo pucheros*). Papá me ha retado porque dije que Miss Ketty cuando anda parece un muñeco que le

hubiesen dado cuerda... (*Rompe á llorar*).

GÓMEZ.—¡Emma, Emma!

MARIA TERESA.—(*A Emma, con tono muy cariñoso*). Esas cosas no se dicen...

EMMA.—(*Lloriqueando*). Juan Carlos me ha dicho que siempre debe decirse la verdad...

MARÍA TERESA.—(*A Gómez*). Es una chica! Señor Gómez ¿podríamos hablar un instante?

GÓMEZ.—(*La mira como temiendo contestar. Pausa*). ¿Hablar conmigo?... ¿Usted?...

MARÍA TERESA.—Creo que lo necesita usted, pero... si me engaño.

ESCENA IV

Dichos y RAMÍREZ, (*por la izquierda*)

GÓMEZ.—(*Al ver á Ramírez*). Usted perdone, María Teresa... (*Indica á Ramírez*). Un asunto urgente...

MARIA TERESA.—Sí, señor. Yo puedo aguardar. (*Emma y María Teresa están á la izquierda, primer término*).

RAMÍREZ.—(*Que se adelantó, está con

Gómez en primer término; á la derecha). No hay esperanza. Aquello está todo revuelto.

GÓMEZ.—¡Más bajo! (*Indicando á María Teresa*).

RAMÍREZ.—Hansen viene hecho una furia.

GÓMEZ.—(*Turbadísimo*). Aguarde usted. (*Se acerca á María Teresa*). María Teresa, ¿quiere tener la bondad de subir un rato?... Discúlpeme... pero... es un momento este...

EMMA.—(*A María Teresa con mimo*). Sí, María Teresa. Y cuando papá se desocupe bajas. ¿Quieres? Mamá se va á poner muy contenta con tu visita.

GÓMEZ.—Créame que se lo estimaré muchísimo.

MARIA TERESA.—Bueno. Tendrá usted la bondad de avisarme.

GÓMEZ.—Sí, sí... un instante... nada más que un instante.

EMMA.—Vamos, vamos...

MARÍA TERESA. — Sí, vamos... (*Ambas hacen mutis por la derecha*).

ESCENA V

GÓMEZ y RAMÍREZ

GÓMEZ.—(*Ansioso*). ¿Y bien?

RAMÍREZ.—En plaza el pánico es general. Aseguran que la quiebra del Banco va á producir una verdadera crísis. Por de pronto los hermanos Reynolds han suspendido sus operaciones. ¡Una casa como esa!

GÓMEZ.—¿Y Hansen no acepta mis proposiciones?

RAMÍREZ.—No. Se puso á gritar cuando se lo dije. Inmediatamente llegaron Solari, Fuentes y Valdés. En fin, no me dejaron concluir de hablar.

GÓMEZ.—¿Y entónces?

RAMÍREZ.—Fuí á verlo á Morales, pero no lo encontré.

GÓMEZ.—¡A Morales!

RAMÍREZ.—Para enterarlo. La de usted es una crísis de liquidación que él puede salvar facilmente.

GÓMEZ.—No... no lo hará.

RAMÍREZ.—Hombre, no está de más intentarlo.

GÓMEZ.—Pero con Morales es inútil.

RAMÍREZ.—Nó, Gómez. Además es necesario que Morales conozca su situación.

GÓMEZ.—(*Resignado, abatido*). Es verdad.

RAMÍREZ.—Bueno, yo voy á buscarle. Dejé dicho que cuando volviese me aguardara. Y no se pierda usted de ánimo. Hasta ahora. (*Al salir por la izquierda se encuentra con Hansen, con quien tropieza*). ¡Perdone usted!

HANSEN.—Nada.

RAMÍREZ.—(*Bajo á Hansen*). Hansen, sea usted considerado. Gómez está muy mal.

HANSEN.—Yo sé mi deber (*Ramirez mutis por la izquierda*) Señor Gómez.

ESCENA VI

HANSEN y GÓMEZ

GÓMEZ.—Señor Hansen. (*Quiere saludarle*).

HANSEN.—(*Brusco*). Primero aclararemos nuestros negocios. Después vendrán los saludos. ¿Usted me conoce bien?

GÓMEZ.—(*Algo cortado*). Creo que sí.

HANSEN.—¡Pues yo creo que nó! Usted siempre cree y siempre se equivoca. Para acertar es necesario no creer nada, ¡jeh! A Lucero también creía conocerle usted. Y después ¡jeh!...

GÓMEZ.—No comprendo.

HANSEN.—Me explicaré. ¡Ejeh!... En cuestión de negocios la ley prohibe enmendar desequilibrios con subterfugios... ¡Ejeh!

GÓMEZ.—Pero...

HANSEN.—La ley... ¡ejeh, ejeh! Usted ayer me compró cédulas por valor de cien mil pesos á pagar mañana, ejeh. Y usted no puede cumplir... ejeh.

GÓMEZ.—Pero se lo hice advertir lealmente, y por eso le pido un corto plazo...

HANSEN.—No, señor. Usted vendió mis cédulas á menor precio para valerse del dinero...

GÓMEZ.—¡A usted no le consta!

HANSEN.—Pocas palabras. Yo exijo el ciento por ciento. Mi situación es clara. Ya avisé en la Bolsa; nombrarán un sindicato para liquidar.

GÓMEZ.—¿Usted me denunció?

HANSEN.—Yo quiero que se me reembolse, ó que me dé usted garantías.

GÓMEZ.—¡Y usted es quien me habla así!

HANSEN.—Yo mismo.

GÓMEZ.—Pero...

HANSEN.—He dicho. O usted me paga ó yo me valdré de las leyes.

GÓMEZ.—¿De las leyes?... (*Se interrumpe al ver á Juan Carlos*).

HANSEN.—Sí señor, de las leyes. Yo las respeto tanto para mis deberes cuanto para mis derechos. Ádios. (*Al volverse, ve á Juan Carlos, saluda y hace mutis por la izquierda*).

ESCENA VII

JUAN CARLOS y GÓMEZ

JUAN CARLOS.— (*Como anonadado*). Pero... ¿qué decía Hansen?... ¿qué sucede?...

GÓMEZ.—(*Evitando la mirada de su hijo*). Estoy... arruinado!...

JUAN CARLOS.—¡Tú!

GÓMEZ.—(*Primero afirma con la cabeza, luego con voz casi imperceptible*). Sí... sí...

JUAN CARLOS.—¿Pero... cómo?... ¿desde cuando?... esto no sucede en un día!... y tú nunca me dijiste nada...

GÓMEZ.—Ayer... ayer te dije... no has querido creerme...

JUAN CARLOS.—Aun así... desde ayer á hoy... no puede ser...

GÓMEZ.—(*Tapándose la cara con desesperación*). Ah...

JUAN CARLOS.—Habla... dime!... En las palabras de Hansen había amenazas...

GÓMEZ.—(*Con gesto de desesperación*). ¡Cómo hablar, Dios mío!

JUAN CARLOS.—¿Es tan... grave lo que tienes que decirme?...

GÓMEZ.—A mi mismo... á mi mismo me causa horror...

JUAN CARLOS.—¿Por causa mía?...

GÓMEZ.—Tus denuncias del Banco... vinieron á precipitar mi caída... pero... acaso no tenía remedio. Al punto que había llegado... era inevitable.

JUAN CARLOS.—Inevitable!... ¿Entónces ocultabas tu verdadera situación?

GÓMEZ.—A todos.

JUAN CARLOS.—¡Oh!

GÓMEZ.— Sí... sí... no me he portado bien... lo comprendo... lo comprendo...

JUAN CARLOS.—Y... ¿desde cuándo?

GÓMEZ.—Desde el día que quise especular con el Banco... con Lucero... Ah,

ese hombre... él tiene la culpa de mi desgracia, ese miserable!

JUAN CARLOS.—Pero aun podremos resistir.

GÓMEZ.—No. Ya no hay esperanzas.

JUAN CARLOS.—¿De suerte qué tu caudal?...

GÓMEZ.—Todo perdido.

JUAN CARLOS.—¿Morales está enterado?

GÓMEZ.—No... aun no.

JUAN CARLOS.—Ah, de manera que tú solo sufriste en el negocio del Banco.

GÓMEZ.—(*Vacila, luego*). No... el capital de Morales también...

JUAN CARLOS.—(*Estupefacto*). ¡Y él no sabe nada!?

GÓMEZ. — (*Mueve la cabeza negativamente*).

JUAN CARLOS.—¡Oh! pero eso es infam... (*Retrocede como asustado de sus propias palabras*).

GÓMEZ.—¡No! no... no. (*Pausa*). Y aún no es todo.

JUAN CARLOS.—¡Padre!...

GÓMEZ.—Es necesario que lo sepas... también me he valido de algunos depósitos...

JUAN CARLOS.—(*Atónito*). ¡Tú! ¿Tú... has

echado mano de sumas que no te pernecían?...

GÓMEZ.—(*Como desahogado*). ¡Ah... era un peso insostenible!...

JUAN CARLOS.—Tú llegaste á malbaratar dinero de otros... dinero... que te habían confiado...

GÓMEZ.—(*Afirmando desesperadamente*). Sí... sí... sí...

JUAN CARLOS.—... Dinero... que era sagrado para tí... ¡ah... pero ese es un robo!... (*Retrocede horrorizado*).

GÓMEZ.—¡Nó! ¡no, Juan Carlos!... no lo digas...

JUAN CARLOS.—Apropiarse... apropiarse... á mansalva... abusar... de la confianza... deshonrar... deshonrar... un nombre... ¡oh... padre!... Es un delito... un crimen...

GÓMEZ.—(*Solloza*). Sí... sí...

JUAN CARLOS.—Yo... yo comprendo... me explico que uno arriesgue, y hasta destruya su propio patrimonio... Pero el ajeno... confiado á la lealtad... á la honradez... éso no... ¡eso no tiene nombre! es mil veces...

GÓMEZ. — ¡No! no prosigas... Juan Carlos... Tienes razón... ya ves, lo reconozco.

Juan Carlos.—¿Pero cómo... como has podido? Tú... tú...

Gómez.—No sé... no sé. Estaba loco. Fué un instante... me sentí arrastrado por el vértigo, hasta que, poco á poco, rodé al abismo, al fondo del abismo. Ya me doy cuenta... sí, mi conducta ha sido infame... infam... (*Sollozando*). Infame no... infame no... Juan Carlos... porque me engañaron... Lucero... él, él... sí... ¡oh!...

Juan Carlos.—Tu deber era detenerte desde el primer momento.

Gómez.—No pude, me faltó valor para confesar. En estos últimos meses he sostenido una lucha gigantesca, desesperada. Nadie hubiera podido resistir. Veía la obra de toda mi vida desmoronarse en un sólo instante, quise sostenerla, hice de todo... perdí la noción de mis actos... obsesionado... por una idea espantosa... quería vencer, á toda costa, sin reparar en los medios... los recursos llegaron á parecerme legítimos, todos, sin reparar... sin retroceder, porque esperaba, confiaba... confiaba rabiosamente, necesitaba creer que eso se iba á remediar... que mi si-

tuación mejoraría; soñaba con alzas... que los valores ofrecerían ventajas fabulosas... ¡y nada! ¡nada! ¡nada! Cada vez peor... á un nuevo sacrificio respondía una nueva bajeza... estaba loco... La vorágina me envolvió hasta que caí aplastado, triturado por mi propia obra. ¡Ya lo sabes todo! ¡Ah! ¡ah!...

JUAN CARLOS.—¡Es espantoso, inconcebible! Esto no tiene disculpa. Todas las agravantes se conjuran, porque allí hay alevosía... sí... sí... (*Se interrumpe al ver á Morales que entra por la izquierda*).

ESCENA VIII

JUAN CARLOS, GÓMEZ y MORALES

MORALES.—(*Después de una pausa*). Usted perdone, Juan Carlos, pero tenemos que hablar su padre y yo.

JUAN CARLOS.—Deseche usted toda reticencia. Después de cuanto he oído ya nada puede sorprenderme.

MORALES.—(*Alarmándose, poco á poco*). ¿Esto es?

JUAN CARLOS.—Estoy al cabo de cuanto ocurre...

MORALES.—No comprendo...

JUAN CARLOS.—(*Indicando á su padre*). Hablen ustedes.

MORALES.—(*Después de una pausa*). Gómez... antes de ayer convinimos en mi casa que el ingeniero se presentaría á descontar las letras firmadas por mí á su favor... Ayer lo hizo... y usted aplazó el pago hasta hoy... se presentó de nuevo y... según me dijo el ingeniero, usted... no...

JUAN CARLOS.—Es inútil, señor Morales... (*Pequeña pausa embarazosa*).

MORALES.—¿Qué?

JUAN CARLOS.—Mi padre...

GÓMEZ.—¡No!... no...

JUAN CARLOS.—Ya no es posible ocultar...

MORALES.—¡Ocultar! ¿Qué?

ESCENA IX

Dichos y BECAR

BECAR.—(*Por el foro con un pliego en la mano, á Gómez*). La liquidación, detallada. Figuran los valores á entre-

gar, como lo ordenó el señor. Hay un *déficit* de 375.000 pesos. (*Becar queda con el brazo tendido, esperando que Gómez reciba el pliego. Momento de indecisa confusión que cada uno refleja según su propio estado*).

MORALES.—(*Después de mirar á Gómez, avanza, y tomando el pliego como si vacilara*). ¿Ha dicho usted *déficit?*

BECAR.—La liquidación está detallada...

MORALES.—(*Hace un gesto indicando á Becar que se retire. Este, después de mirar con estrañeza á los tres que están en la escena, hace mutis por el foro*).

ESCENA X

JUAN CARLOS, GÓMEZ y MORALES

MORALES.—(*A Gómez*). ¿Qué significa esto? Gómez!

JUAN CARLOS.—Oh... qué vergüenza!...

MORALES.—¿Este balance es exacto?

JUAN CARLOS.—Debe serlo.

MORALES.—¿Nuestra casa suspende los pagos?!

JUAN CARLOS.—(*Indica al padre, y ex-

clama con angustia). Si está arruinado! Si lo ha perdido todo... si ya no queda nada... ni la honra siquiera!

GÓMEZ.—(*Con voz sofocada*). Juan Carlos

MORALES. — (*Adelantándose*). ¡Cómo! Arruinado!

JUAN CARLOS.—Sí, sí. Ya lo ha oído usted.

MORALES.—Pero... ¡Gómez! No es posible... (*Pequeña pausa*). A ver... hable... esplíquese usted...

GÓMEZ.—No... ahora... no.

MORALES. — Yo necesito explicaciones, usted me las debe.

GÓMEZ.—Sí, pero no ahora... no puedo... no puedo...

MORALES.—(*Sin poderse contener*). ¡Es que yo le exijo! Estoy en mi derecho... Ya no quiero ser un extraño en mi propia casa! ¿Qué sucede aquí, esplíquese usted, Gómez?

JUAN CARLOS.—Ya lo sabe usted, señor Morales... La casa no puede cumplir sus compromisos y suspende los pagos...

MORALES.—(*A Gómez*). ¿Es verdad esto?

JUAN CARLOS.—¡Y tan verdad!

MORALES.—Perdone, Juan Carlos, pero no

me he dirigido á usted. (*En tono algo sostenido*). Gómez ¿es verdad lo que oigo?

JUAN CARLOS.—(*Con aspereza*). Sí, señor! ¿Por qué lo duda usted?...

MORALES.—Porque me creo en el derecho de dudar... de todo!... (*A Gómez*). De suerte que usted ha destruído con el suyo mi capital... y según veo (*indicando el balance que estruja convulso*) no es de ahora... usted me ha ocultado, á mí, al hombre que había depositado en usted toda su confianza... Jamás le he pedido cuenta de nada... siempre he creído en su palabra... le creía un caballero... y usted corresponde á mi buena fé con el engaño... con la perfidia... y me roba... me roba!

JUAN CARLOS.—¡Eso no! robar no... Morales! Escuche usted...

MORALES.—¡Y me roba he dicho!

JUAN CARLOS.—¡No! no!... ¡Usted miente!

MORALES.—¡Yo!

JUAN CARLOS.—Sí, usted, sí... Y, oigalo usted bien... no lo repita usted más... no lo repita usted... porque... no sé... pero... no respondo de mí.

MORALES.—En primer lugar, señor, estas

son cuentas que debo arreglar con su padre. Usted está de más.

JUAN CARLOS.—¡Se trata de la honra de mi padre y yo estoy de más!... Ah, señor Morales... y usted es quien lo dice.

MORALES.—¿Cómo califica usted la conducta de su padre, usted á quien llaman el justiciero, usted que ha perseguido con saña á los que se encontraron en el mismo caso, usted que no se detiene en delatar á los culpables... veamos, cómo lo califica usted?

JUAN CARLOS.—Vea, Morales, escúcheme usted, por Dios! Mi padre pudo cometer un error, llegar hasta la insensatez... que es mucho... pero eso que usted dice... robar... no... no! eso nunca!...

MORALES.—(*Exaltándose*). ¡Conmigo lo ha hecho!

JUAN CARLOS.—¡No!

GÓMEZ.—Morales... es usted cruel...

MORALES.—Y ha hecho más todavía...

JUAN CARLOS.—¡Vive Dios! (*Hace como para precipitarse sobre Morales*).

GÓMEZ.—(*Deteniéndole*). ¡No, Juan Carlos! violencias no...

JUAN CARLOS.—¡Déjame!... ¡déjame!...

MORALES.—(*Sin interrumpirse*)... más, mucho más porque mientras malbarataba mi dinero comprometía mi nombre... mi honra... y eso es infame... sí... infame...

JUAN CARLOS.—No...

GÓMEZ.—No... Morales... su nombre, no! Los documentos llevan mi firma... y el único responsable soy yo... yo solo...

JUAN CARLOS.—Usted sabe... usted sabe que yo poseo un diario... y además un campo... Es poco... lo se... pero todo eso es suyo, desde ahora; el diario da una renta... una renta regular... todo, todo eso es suyo... hasta la última gota de mi sangre es suya... pero no diga, no vuelva usted á repetir esas palabras... no lo haga usted, Morales...

ESCENA XI

Dichos; MARÍA TERESA, LAURA y EMMA

MORALES.—Defiendo lo mío... se me traiciona... se abusa de mi confianza... ¿qué menos puedo hacer sino quejarme?

GÓMEZ.—(*Dirigiéndose ya al uno ya al otro*). Pero razonen... con calma... No se alteren...

LAURA.—(*A Gómez*). Dime... ¿qué es esto... aquí pasa algo terrible?... habla!...

EMMA.—(*A Laura*). Mamá... qué sucede?

MARÍA TERESA.—¡Papá!... Ten calma... esplícame...

MORALES.—Déjame en paz... hace una hora que pido esplicaciones y se me contesta con amenazas...

JUAN CARLOS.—Amenazas no, señor Morales.

GÓMEZ.—(*A Laura*). Aguarda... qué se yo...

LAURA.—¡Pero qué significa esto, Dios mío!

EMMA.—Papá, papá ¿qué tienes? Estás temblando!...

MORALES.—Sí, señor, amenazas!... á mí, á mí!... después de desbalijarme!...

JUAN CARLOS.—Vuelvo á decir que eso es mentira! que eso es falso!...

MARIA TERESA.—¡Juan Carlos!... Han perdido ustedes el juicio!...

JUAN CARLOS.—María Teresa, por lo que usted más quiera en el mundo, dígale á su padre que no hable así, que no nos martirice...

GÓMEZ.—¡Déjame!... ¡déjame!

LAURA.—No... esplícame, dime qué ocu-

rre... no comprendes que con tu silencio nos matas...

EMMA.—¡Papá! ¡papá!

MORALES.—Ya lo oyes. Se apropia mi caudal, lo destruye y yo miento...

MARÍA TERESA.—¡Qué dices!

JUAN CARLOS.—María Teresa, yo le esplicaré... ¡oh, Dios mío! Mi padre... atraviesa un momento de crisis... ha querido especular con el Banco... con Lucero... con Lucero... ¿comprende usted?... y el Banco lo arrastra en su caída, y con él al capital de que disponía... y al de su padre...

LAURA.—(*Que oyó las palabras de Juan Carlos; á Gómez*). ¿Pero es verdad... arruinado tú... tú!

GÓMEZ.—(*Sin poder hablar, afirma con la cabeza*). ¡Oh, qué desdicha!

EMMA.—Mamá! mamá querida!...

MORALES.—(*A María Teresa*). ¡Qué te parece!...

MARÍA TERESA.—¿A cuánto ascienden las pérdidas?

MORALES.—Según el balance á 375,000 pesos, sin contar las diferencias que resultarán en la liquidación de fin de mes.

ESCENA XII

Dichos; HANSEN, SOLARI, FUENTES y VALDÉS —(Vienen por la izquierda, hablando en alta voz. Entra primero Hansen con el sombrero puesto; al ver á Morales se lo sáca. Los demás hacen lo mismo).

HANSEN.—Señor Morales, perdone.
SOLARI.—(*A Fuentes*). ¡Está Morales!
VALDÉS.—Está el socio de Gómez.
FUENTES.—Veremos si interviene.
HANSEN.—¿Usted se hace solidario del señor Gómez?
MORALES.—No, señor! no faltaba más!
HANSEN.—¿No interviene usted en su favor?
MORALES.—¡Le he dicho á usted que no!
VALDÉS.—No quiere saber nada.
FUENTES.—No. No interviene.
(*Siguen hablando acaloradamente*).
HANSEN. — Entonces mis medidas están bien tomadas.
MORALES.—Usted sabrá.
EMMA. — ¡Esos hombres, mamá, me dan miedo!
LAURA.—¡Calla!
JUAN CARLOS.—(*A María Teresa*). Llévese usted á mi madre, á mi herma-

na, hágame el favor, María Teresa...

MARÍA TERESA.—Sí, sí. Es mejor.

SOLARI.—(*En el grupo que forma con los demás, á la izquierda*). A Gómez no tengo nada que preguntarle; me atengo á la denuncia de Hansen. (*Los demás aprueban*).

JUAN CARLOS.—¡Denuncia!

GÓMEZ.—¡Dios mío!

MARÍA TERESA.—(*A Laura*). Vámonos de aquí, doña Laura. Es prudente.

LAURA.—No... no... quiero saber.

FUENTES. — (*En el grupo, fuerte, brutalmente*). Gómez conocía su situación, y la ocultó. La ley habla claro. ¡Esto no es quiebra, es bancarrota!

SOLARI.—(*A Morales*). Usted no tendrá inconveniente en que pasemos á enterarnos... Lo supongo.

MORALES.—Por mí...

SOLARI.—(*A los demás*). Entremos á revisar... pediremos informes.

FUENTES.—Sí, sí.

VALDÉS.—Vamos.

FUENTES.—(*A Hansen*). Usted ¿no viene?

HANSEN.—(*Mirando la hora en su reloj con inquietud*). ¿Para qué? Yo espero una visita... (*Fuentes, Valdés y Sola-

ri vánse por el foro, hablando todos á un tiempo).

ESCENA XIII

Los mismos, menos VALDÉS, SOLARI y FUENTES.

MARIA TERESA.—(*Adelantándose rápidamente hacia su padre, en voz baja*). Padre, tu no puedes permitir.

MORALES. —(*Con brusquedad*). ¿Qué cosa?

MARÍA TERESA.—Esta situación terrible. Es la desgracia y la deshonra; tú debes evitarla.

MORALES.—¡Yo!

MARÍA TERESA.—Es tu deber. Ese hombre te ha enriquecido.

MORALES.—No es una razón para que ahora me arruíne.

MARÍA TERESA.—No te arruína. La suma de que se trata para salvarle es insignificante dada tu fortuna, que le debes á él.

MORALES.—¡Insignificante! Y los fondos que me ha defalcado?

MARÍA TERESA.—¡No te expreses de esa

manera! Aún así, no significa un sacrificio para tí.

MORALES.—Tú has perdido el juicio, querida.

MARÍA TERESA.—¿Te niegas?

MORALES.—¡Sí!

MARIA TERESA.—Evítame la vergüenza de tener que hacerlo por tí.

MORALES.—¡Tú!

MARÍA TERESA.—Yo misma.

ESCENA XIII

Dichos, el COMISARIO y dos agentes

COMISARIO.—(*Por la izquierda, desde la puerta*). ¿El señor Manuel Gómez?

HANSEN.—(*Rápido*). Ahí está.

JUAN CARLOS.—(*Que se halla sentado junto al escritorio, con la cabeza entre las manos, se yergue*). ¿Qué?

COMISARIO.—Traigo una orden de prisión.

LAURA.—¡Contra tí!

EMMA.—¡No! ¡papá, no!

GÓMEZ.—¡Eh!

JUAN CARLOS.—¡Mi padre!

MORALES. — (*Como hablando consigo mismo*). Eso no...

María Teresa.—(*Al Comisario, altiva*). ¿Por qué?

Hansen.—La casa Gómez y Compañía tiene que liquidar en condiciones poco legales.

María Teresa.—¿Quién lo ha dicho?

Comisario.—(*Indicando á Hansen*). El señor, que es quien hace la denuncia.

María Teresa.—(*Siempre altiva*). El señor ha mentido.

Hansen.—(*Confuso*). Gómez presenta un *déficit* de 375 mil pesos.

María Teresa.—El *señor* Gómez cuenta con un capital de tres millones para hacer frente á sus compromisos. (*Movimiento general de asombro*). Usted cometió un acto arbitrario al hacer una denuncia falsa. Las obligaciones que usted tiene en su poder, ¿cuándo vencen?

Hansen.—Mañana.

María Teresa.—De modo que hoy su presencia está demás aquí. (*Indicándole la puerta*). Tenga la bondad...

Comisario.—(*Mira á Hansen, como interrogando*).

Hansen.—(*Invitándole á salir con el gesto*). Usted disculpe... señor. (*Mutis Comisario y Hansen*).

JUAN CARLOS.—(*Con profunda emoción*). Acepto el sacrificio, esposa mía: ¡oh, cómo se comprenden nuestras almas! (*Hace como para abrazar á María Teresa, pero ésta lo detiene y le indica á Gómez, que llora y ríe, confundiendo la emoción de la alegría y el dolor. Juan Carlos va hacia él, lentamente, y le abraza. Mientras Laura besa á María Teresa, y Morales se enjuga una lágrima*).

FIN DEL DRAMA

28.—**Ibsen**.—*Rosmersholm.*
29.— » —*El niño Eyölf.*
30.—**Strindberg**.—*Padre.*
31.—**Sudermann**.—*Magda.*
32.—**Gener Omedes**.—*El señor ministro.*
33.—**Pagano**.—*Nirvana.*
34.—**Payró** —*Sobre las ruinas.*
35.—**Pagano**.—*Almas que luchan.*
36.—**Butti**.—*Tras el placer.*

Á DOS REALES TOMO

Jovellanos.—*El delincuente honrado.*
Anónimo.—*El diablo predicador.*
Labaila.—*Los comuneros de Cataluña.*

BIBLIOTECA SELECTA

		Pesetas
1	**Janet**.—*El materialismo contemporáneo.* (Agotada) . . .	
2	**Ribot**. — *La filosofía de Schopenhauer.* (Agotada) . . .	
3	**Salustio**.—*Conjuración de Catilina.*	0'75
4	**Janet**.—*Filosofía de la felicidad.* .	1
5	**Wagner**.—*Mis ideas*	1
6	**Espronceda**.—*Desesperación.—Arrepentimiento* .	0'50
7	**Zola**.—*¡Yo acuso!*	0'50
8	**Nietzsche**.—*Más allá del bien y del mal*	2
9	» —*Así hablaba Zaratustra.*	2

TEATRO ANTIGUO Y MODERN

Colección de las mejores obras dramáticas á 4 reales tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes.
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» —Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm.
» —El niño Eyolf.
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
» —Padre.
Sudermann.—El honor.
» —Magda.
Marlowe.—Fausto.
Pagano.—Más allá de la vida.
» —El dominador.
» —Nirvana.
» —Almas que luchan.
Maeterlinck.—La intrusa.—L ciegos.—Interio
T. de Molina.—D. Gil de las calzas verde
» —El vergonzoso e palaci
» —La Villana de Vallecas
Moratín.—El sí de las niñas.—El café
Hauptmann.—Almas solitaria
Calderón.—La vida es sueño.
Dumas.—La dama de las camelias
Gener-Omedes.—El Sr. Ministro
Payró.—Sobre las ruinas.

Á DOS REALES tomo

JOVELLANOS.—El delincuente honrado.
ANÓNIMO.—El diablo predicador.
LABAILA.—Los comuneros de Cataluña.